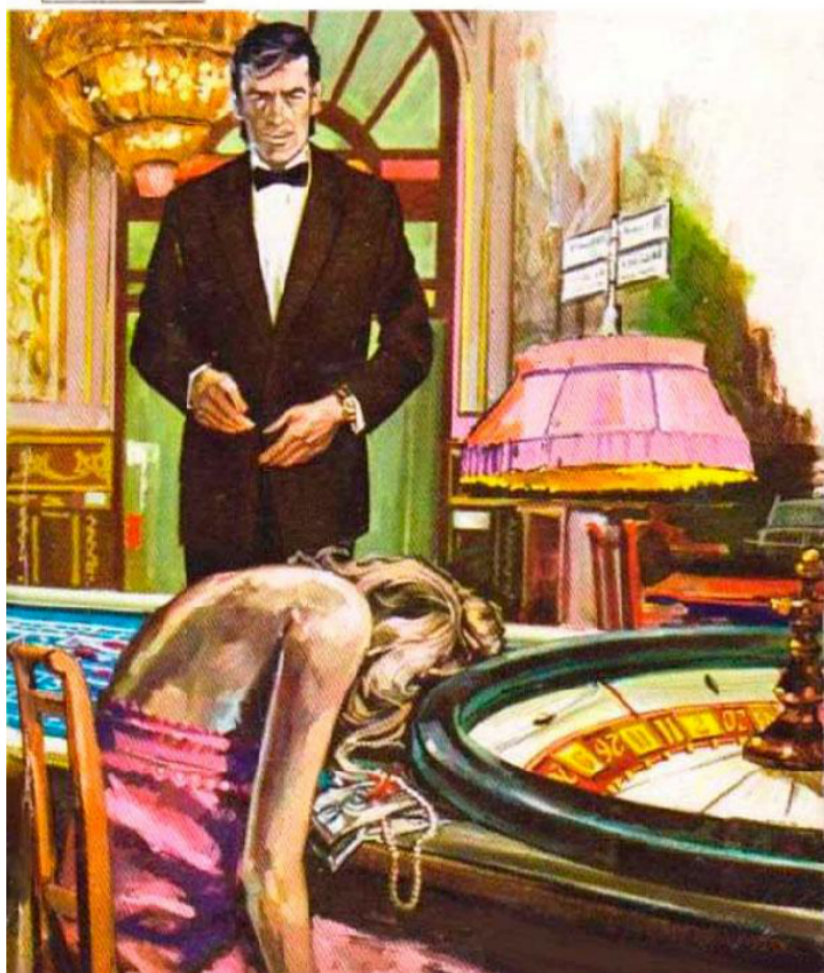


BOLSILIBROS BRUGUERA
**PUNTO
ROJO**

EL JUEGO

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

EL JUEGO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 523

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Déposito legal: B 7.380 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: mayo, 1972

© VIC LOGAN, 1972
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.128. —El reloj.

En Colección PUNTO ROJO:

520. —Crimen sin huella.

En Colección ASES DEL OESTE:

652. — El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

835. —Matanza en Valle Perdido.

En Colección KANSAS:

672. — Madera podrida.

En Colección BRAVO OESTE:

584. — Pareja de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

798. —En legítima defensa.

En Colección COLORADO:

720. — De distinta raza.

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Hagan juego, señores! —La voz del *croupier*, grave y monótona, repetía las frases de ritual, mientras los jugadores, hombres y mujeres, tentaban la caprichosa suerte, depositando sus fichas en los recuadros numerados sobre el verde tapiz.

—¡No va más, señores!

El juego estaba hecho y la bolita metálica saltaba caprichosa por entre los números de la ruleta.

Un puñado de rostros permanecía atento al girar de la máquina. Cada cual para sí deseaba que se parara en el número por el que había apostado, o al par o al impar, al negro o al rojo.

Rita Malone, rubia, llamativa, sofisticada y demasiado joven para viciarse en el juego, era una más en torno a la mesa. Sin embargo, parecía menos impaciente que los demás. Su rostro experimentaba una absoluta calma, como si todos los miembros de su cuerpo se hallaran en completo relax.

—¡Ocho negro, par y *posse*! —cantó el *croupier*.

Sus ayudantes repartían y cobraban el dinero mientras daba comienzo una nueva partida.

La ruleta es el juego ideal para los impacientes: es rápida. Se puede ganar o perder una fortuna en menos de un minuto.

Rita perdió.

—Ésta no es mi noche —comentó la rubia, y dejó la pequeña sala de juego para enfilar el corredor donde estaba la *toilette*.

Era ya bastante tarde y algunos clientes comenzaban a retirarse para tomar la última copa en el bar o ir directamente a la cama.

La ruleta seguía girando para los rezagados. El local, según su costumbre, no cerraba mientras quedara un solo cliente.

Era un hotel no muy grande. Se hallaba situado en un paraje solitario de Nevada a doscientos kilómetros de Las Vegas. Su propietario pensó que no faltaría clientela deseosa de hallar un

lugar de verdadero descanso, lejos del bullicio ininterrumpido de Las Vegas, pero que al mismo tiempo reuniera los mismos alicientes y comodidades. Y así en el Dessert Hotel lo mismo podía asistirse a una proyección cinematográfica, que bailar los ritmos modernos en la *boîte* sicodélica del establecimiento, solazarse con la música romántica de la época de las grandes orquestas en otro local aparte, o visionar el espectáculo de variedades que se ofrecía todas las noches.

Y como plato fuerte, naturalmente, el juego.

Sí, el propietario, Herbert Falk, había acertado porque el hotel rendía mucho más incluso de lo que él mismo esperaba. Casi siempre estaba lleno de clientes con la cartera llena que dejaban sus dólares en cualquiera de las diversiones del local. La cosa, pues, marchaba.

Visto a distancia, el establecimiento parecía insignificante. Claro que todo era reducido y exclusivo para los doscientos clientes que como máximo podía albergar en sus magníficas y confortables habitaciones. Luego en sótanos, semisótanos o alas adyacentes al cuerpo principal del edificio estaban instaladas las coquetonas salas para recreo, incluida la del juego.

Rita, clienta habitual como tantos otros, conocía bien cada una de aquellas dependencias.

Al salir de la *toilette* cruzó de nuevo la sala de juego para pasar al bar, luego al salón de descanso, que estaba totalmente vacío, y de allí a... Bueno, ella tomó una de las puertas privadas que conducían a las dependencias particulares de Herbert Falk.

Atravesó un corredor en la penumbra y ando hasta la puerta de su despacho.

Entró sin llamar.

—¿Eeeh? —inquirió Falk, mirando hacia la puerta, sorprendido; pero al reconocer a Rita, sonrió enseguida.

—¡Ah, es usted!

—Espero no molestarle, señor Falk.

Él la observó desde su mesa de despacho, espacioso y con un amplio ventanal a su espalda, desde donde podían verse las copas de los árboles exóticos que adornaban el jardín.

El despacho —el privado— era en un primer piso. Allí tenía la caja fuerte empotrada cerca de un ángulo de la pared.

La muchacha andaba cimbreándose. Era hermosa. La falda corta permitía verle Una generosa ración de piernas, anatómicamente perfectas.

Evidentemente, a Herbert Falk le gustaba aquella mujer.

—Ya sabe que no suelo recibir visitas en mi despacho privado, pero con usted no puedo enfadarme.

—Siempre ha sido muy amable conmigo, señor Falk.

—¡Oh! Usted dirá si puedo serle útil en algo... Si se trata de dinero...

—Pues sí —admitió ella, con una sonrisa.

—Juega usted demasiado. No es que a mí me importe, claro, al fin y al cabo forma parte de mi negocio, pero usted...

—Yo le doy poco negocio pidiéndole préstamos que luego no puedo devolver...

—Bueno, la otra vez fueron sólo cien dólares. No es mucho, y no tenga prisa en devolverlos.

—Es usted muy amable —repuso ella consultando el reloj.

—¿Tiene prisa?

—Un poco.

—¿Podré verla... mañana por la mañana, en el lago, por ejemplo?

—Lo dudo.

—Sólo pretendo hablar con usted, pero... no aquí y de una forma... digamos menos protocolaria, como dos amigos.

Ella volvió a consultar el reloj.

—Verá, señor Falk... estoy comprometida.

—¡Ah! Yo no sabía... ¿Es cliente del hotel?

El director hacía tabletear sus dedos sobre la mesa. Era una costumbre en él. Sus dedos, a menudo, se posaban sobre los distintos botones que servían bien para llamar, para abrir la puerta de su bar privado, para poner en marcha la grabadora, para varias cosas porque también eran bastantes los botones del mando que tenía a un lado.

Ella abrió el bolso para sacar el paquete de cigarrillos.

—Pues sí... Pero por razones que no vienen al caso no lo hemos hecho público...

—Comprendo.

—Por favor... Si no le molesta...

Herbert Falk se apresuró a encenderle el cigarrillo.

—Gracias, y ahora...

—¡Oh, sí! Un préstamo... ¿Con cuánto se arregla?

—Bastante.

—¿Doscientos?

—Más...

—Bueno, diga usted.

Ella, que seguía en pie con el bolso abierto, introdujo la mano y sacó un revólver de reducidas dimensiones.

—Lo quiero todo —dijo con un susurro, sin dejar de sonreír.

—No haga bromas con esto, señorita Ri...

—¡No son bromas! Observe...

Volvió el arma sobre un panel y disparó. El arma no produjo el menor ruido. Sólo un pequeño silbido, insignificante casi, pero en el panel de madera se abrió un agujero humeante.

—Va provista de un silenciador y casi no tiene retroceso. Es un arma muy segura. Carga cuatro balas. Todavía me quedan tres. Serán para usted si no se da prisa.

—¡Pero...!

—Vamos, señor Falk. Abra la caja. Hoy habrá un buen pico. No sabe cómo he esperado este momento.

—Le conviene reflexionar, señorita. No le será fácil salir de aquí.

—Usted dese prisa.

—Supóngase que no abro.

—Le mataré.

—Se quedará sin dinero.

—Puede... Pero conozco tres de los cinco números de la combinación. ¿Cuánto cree que me llevaría averiguar los otros dos? Si quiere lo probamos... Pero usted ya no sabrá si tengo éxito o no, porque estará muerto —y pareció coger con mayor firmeza el arma que empuñaba.

Herbert Falk comprendió que si no obedecía, Rita cumpliría su amenaza. Le mataría. Sí, demasiado tarde comprendía que de una muchacha con aquella sangre fría podía esperarse todo.

Se volvió hacia la caja. Separó el panel de madera y quedó la puerta blindada delante.

Vaciló un momento, pero al fin comenzó a accionar el botón para establecer la combinación.

Momentos después, la puerta quedaba abierta y a simple vista podían verse varios fajos de billetes amontonados por valores.

Entonces ella, del interior del bolso, sacó un paquetito diminuto que arrojó sobre la mesa.

—Tire del cordón —le ordenó a Falk.

El hombre siguió obedeciendo.

El paquetito se deshizo, quedando convertido en un saco de plástico opaco, no muy grande, pero suficiente para meter el dinero.

—Póngalo todo ahí —ordenó de nuevo la muchacha.

Él iba a decir algo, pero Rita hizo un mohín de impaciencia.

—¡Vamos!

Falk metió los fajos en el saquito. Había billetes de cinco, de diez, de veinte, de cincuenta, de cien y algunos de mil.

Quedaba un paquete al fondo y ella, con una sonrisa, murmuró:

—No le he dicho que se quede ninguna propina. Todo dentro.

Terminada la operación, le ordenó que volviera a cerrar la caja y lo dejara todo en su sitio.

Falk obedeció, y mientras ella se aproximó al ventanal, abrió la puerta de cristales, asomó un instante, pero casi sin perder de vista al dueño del hotel, y vio una sombra abajo.

—¿Eres tú? —susurró.

—Sí —le contestó alguien muy quedamente.

Rita arrojó el saquito y continuó apuntando con la pequeña pistola a Falk.

—¿Qué piensa hacer ahora? —repuso el dueño del hotel, cuando de nuevo todo volvía a estar ya en orden.

—Lo siento, Falk... No puedo hacer más que esto... —Y al decirlo, oprimió el gatillo.

La pequeña bala salió silenciosa del cañón del revólver, incrustándose en el pecho de Falk, cuyos ojos se abrieron más de lo normal, sorprendido, porque la muerte siempre sorprende y él sabía que iba a morir.

Lo supo antes de que ella disparara una vez más para asegurarse.

Él trató de cogerse a su propio sillón, pero sus manos no le obedecieron y, faltas de fuerza, resbalaron.

El dueño del hotel quedó de bruces, muy cerca de la amplia ventana, en el momento que de la parte de abajo una voz susurraba.

—¡Vamos, salta ya!

Rita observó el cadáver de Falk con una expresión extraña, casi sorprendida, como si no pudiera creer que en realidad estuviese muerto.

Reaccionó rápidamente y fue hacia la ventana.

—¿Cierro? —preguntó, pasando al otro lado para quedar sobre la cornisa.

—No —repuso la voz de la parte del jardín—. Salta. Sólo son dos metros.

Debajo de la ventana había un parterre que elevaba considerablemente el terreno y la muchacha se dejó caer sin miedo.

Cayó flexionando ligeramente las piernas.

Abajo, en aquella parte, todo estaba oscuro, y quienquiera que hubiese visto a Rita y a la persona que estaba con ella no hubiera podido reconocerles, ni siquiera por la voz, porque cuando hablaban lo hacían de manera susurrante.

—¿Listo? —dijo la otra silueta.

—Sí. Está muerto.

—Entiendo. Quédate aquí. Voy a sacarle.

—Pero...

—Voy a seguir el plan completo. He cavado una fosa. Mientras subo y lo dejo todo en orden, tú vigila.

Ella asintió.

Utilizando una cuerda, el cómplice trepó con gran habilidad como lo hubiera hecho un trapeceista, alguien acostumbrado a aquella clase de ejercicio, acaso como un ladrón profesional.

La silueta quedó iluminada con la luz del despacito de Falk, pero incluso si alguien le hubiese visto, entonces sólo hubiera podido decir que se trataba de «alguien».

Porque ese alguien vestía un traje ajustado a su cuerpo, completamente negro y muy flexible, y se cubría la cabeza, incluido el pelo, con una máscara que en la parte del rostro imitaba la clásica pintura del payaso.

Siempre haciendo gala de aquella soberbia elasticidad, la silueta desapareció tras la ventana para reaparecer momentos más tarde, llevando consigo el cuerpo de Falk.

Tuvo que levantarlo en vilo y aquello sí que le costó bastante esfuerzo, pero al final lo colocó en la posición deseada para empujarlo y arrojarlo al parterre. El césped y la tierra blanda

amortiguaron el golpe.

—¡Date prisa! —susurró desde abajo la muchacha, un poco menos serena que mientras perpetraba ella sola el atraco.

Pero el cómplice se entretenía dejando la habitación en completo orden.

Limpió una mancha de sangre que había quedado sobre el suelo de *parquet* y sus ojos, bajo las aberturas de la máscara, giraron de un lado a otro para cerciorarse de que nada dejaba suelto.

Satisfactorio que fue el examen, la máscara regresó a la ventana, pasó al otro lado y entornó las puertas.

Sus manos enguantadas de negro, igual que aquella tupida malla que le silueteaba, no dejaban la menor huella.

Por fin, desatando el nudo corredizo, saltó de nuevo abajo.

—Vamos, ayúdame —dijo a Rita.

De nuevo en la oscuridad, las dos sombras cargaron con el cuerpo de Falk.

—Es ahí, detrás de ti —indicó la máscara.

En medio de abundantes y bien cuidados setos estaba una fosa de regulares dimensiones.

—¿Cuándo lo has hecho? —inquirió Rita.

—Cuando ha oscurecido.

—Pero si te hubiesen visto...

—No me ha visto nadie. ¿Y a ti?

—Tampoco. Nadie sabe que he estado en el despacho de Falk.

—Bien. Ya ves que «era posible hacerlo».

—Nunca lo puse en duda...

—Sí que lo dudabas, pero yo te dije que para un trabajo así hay que estar dispuesto a todo. ¡Vamos, un empujoncito más y abajo con él!

Arrojaron a Falk a la fosa.

—Vamos, Rita, coge esa pala y ayúdame a cubrir la zanja.

Rita dejó el bolso en el suelo y tomó la pala, preguntando:

—¿Cuándo nos iremos?

—No hay prisa.

—Pero... Se darán cuenta de...

—¿De qué, Rita?

—No sé... De su desaparición. Y buscarán.

—¿Crees que buscarán justamente aquí? Esto sólo lo sabemos tú

y yo... Anda, cubre la zanja.

Y la máscara recogió el bolso de Rita, añadiendo:

—¿Funcionó bien el juguete? —Sacó la pistola.

—Sí.

—¿Cuántas balas?

—Tres. Tuve que demostrarle que iba en serio.

—Ya lo imaginé... ¿Ahora queda una?

—Supongo. Tú lo cargaste.

—Entonces, sí, queda una. Es suficiente.

—¿Suficiente? ¿Para qué...?

De pronto, Rita cayó en la cuenta y se volvió. Soltó la pala y trató de gritar.

Demasiado tarde, porque la máscara aplicaba una mano en su boca mientras con la otra oprimía el gatillo del revólver.

Rita recibió el impacto a quemarropa. Sus ojos se dilataron, luego sus pupilas parecieron retirarse para mostrar únicamente el blanco...

Por fin aquel par de bellas piernas se doblaron lentamente.

La máscara la soltó.

Con su propio impulso, Rita, con el cuerpo ya sin vida, cayó en la fosa, sobre Falk, pegado casi a él, formando un cuadro tétrico, macabro. Y la máscara comenzó a llenar de tierra la fosa...

Posiblemente la desaparición de Herbert Falk hubiera llevado a la policía por otros derroteros, lejos del hotel.

Sin embargo, ocurrió un hecho que puso rápidamente en claro lo sucedido, si no todo, al menos en parte.

Casualmente, y mientras el policía encargado del caso echaba un vistazo al despacho de Falk, oprimía aquellos botones de la mesa, casi más por curiosidad que por otra cosa, se puso en marcha la grabadora. Allí la curiosidad del policía aumentó y quiso oír lo que había grabado en la cinta. Dio marcha atrás y pudo oír...

Y escuchó nada menos que todas las palabras que se pronunciaron durante el atraco.

Sí. Se dedujo que, seguramente sin darse cuenta, Falk le había dado al botón de la grabadora y ésta se puso en marcha, dejando constancia de todo lo que se dijo en aquellos críticos momentos.

El policía no tardó en averiguar que una tal Rita Malone se alojaba en el hotel y que algunas veces se la había visto conversar

con el señor Falk, etc., etc.

En el «etcétera» casi se daba por seguro de que aquello había terminado mal para Falk, y no sólo por la pérdida del dinero, sino porque sin oírse ningún disparo, la alta fidelidad de la grabadora reproducía el ruido sordo que produjo su cuerpo al caer, momentos después de que ella pronunciase las palabras:

«Lo siento, Falk. No puedo hacer más que esto...».

Además, estaba la voz susurrante del cómplice, que también pudo ser oída cuando éste subió para hacerse cargo del cadáver.

Pero como si los encargados de resolver el asunto tuvieran su día, un perro, que ni siquiera era de raza, pero que sin duda sentía un gran cariño por su amo, comenzó a hurgar en la fosa cubierta y... aparecieron los dos cuerpos.

—Bien. Ahora sólo tenemos que atrapar al cómplice de Rita, y si todo nos sale como hasta ahora, hasta soy capaz de creer que vendrá él mismo a entregarse —bromeó el teniente Sanders, que no estaba acostumbrado a tantas facilidades.

Por descontado que el culpable no se presentó, y ahí la policía ya anduvo menos afortunada.

Lo que sí se estableció es una reconstrucción muy aproximada a lo que ocurrió la noche del robo y del doble asesinato. O sea, que se daba por descontado que el cómplice había matado a Rita para quedarse con todo y disfrutar del dinero.

El importe de lo robado, según se desprendió de los libros, ascendía a ochenta y cinco mil dólares.

—El dinero de una semana —murmuró el teniente— gastado por doscientos clientes. Más de cuatrocientos dólares por persona.

—No es mucho para un lugar como éste —repuso el ayudante de Sanders—. Y si tenemos en cuenta de que «alguien» pensaba reembolsarse lo que estaba gastando.

—Bien... ¿Qué hay del joven que acompañaba a esa Rita?

—Se llama Alan Campbell. Le están buscando.

A Campbell le encontraron una semana más tarde en Las Vegas.

Los datos completos del sospechoso eran los siguientes:

Alan Campbell, 28 años de edad; su última profesión, trapecista de circo; despedido de su último empleo por algo que no llegó a aclararse y que estuvo relacionado con un accidente que pudo haber costado la vida a su pareja.

Desde hacía un año, Campbell no tenía profesión conocida.

Se dedicaba a jugar, aunque no faltó quien atestiguara que con su físico apuesto, varonil, muy *inn*, procuraba atraer a las damas aburridas para que le ayudaran a costear sus gastos.

Lo cierto es que con frecuencia se le veía salir con mujeres elegantes de las que «gastaban dinero».

Vivía a lo grande, tenía buenos trajes, corbatas de a cien dólares, zapatos caros y, además, acudía al gimnasio para «no perder la forma».

Sus datos personales eran: 1,80 de estatura; delgado, pero fuerte; de complexión atlética, y su peso en forma era de 82 kilos.

Tenía un lunar algo más abajo del cuello, marca de nacimiento.

No se drogaba ni tenía más vicios que el *whisky*, del que era un asiduo bebedor.

Era soltero, naturalmente.

Desde el primer momento aseguró que era inocente, pero no supo explicar la procedencia del dinero que se halló en su poder.

—Lo he ganado jugando —dijo en principio.

Luego se supo que últimamente tenía continuas malas rachas.

—Bueno... Tengo quien me protege. Son obsequios. No puedo revelar el nombre de mis... protectoras.

Esto no quedó claro.

Lo que sí resultaba evidente es que Alan Campbell se largó del Dessert Hotel a la mañana siguiente del asesinato. Se marchó muy temprano y no dejó dirección.

—Yo nunca sé dónde voy a instalarme. Soy libre. No tengo obligación alguna de dar cuenta a nadie de dónde voy, ni de lo que haré —protestó en el puesto de policía.

De acuerdo. Todo el mundo es libre... e inocente si no se demuestra lo contrario, pero seguían los puntos oscuros.

¿Por qué no se despidió de Rita?

La respuesta parecía lógica.

—¿Y qué diablos me importaba a mi Rita? La conocí en el hotel. Hablamos un par de veces y nada más.

Estaba lo que Rita había dicho a Falk y quedó grabado:

«Estoy comprometida, pero por razones que no vienen al caso...».

Lo que reproduce un magnetofón no constituye prueba en

muchos Estados. La policía lo esgrimió para hacerle hablar, pero Campbell siguió en sus trece.

—¡Soy inocente! ¡Yo no tengo necesidad de robar para vivir!

Pero ¿y la declaración del portero del Dessert Hotel?

—Aquella noche le vi salir... Paseaba por el jardín y parecía bastante nervioso... Consultó varias veces el reloj. Incluso me dijo que la ruleta se le había dado mal y por ello se sentía inquieto. Ésa es la palabra —recalcó el portero—. Inquieto.

Pero el que una persona se sienta nerviosa o inquieta no quiere decir que necesariamente tenga previsto realizar un atraco y matar a una persona.

Por otra parte, no se le ocupó arma alguna, y también pudo justificar dónde estuvo a partir de las dos de la madrugada de la noche de los sucesos.

Las dos era la hora tope porque, según los de la sala de juego, fue la hora en que llevaron los fondos a Falk. Y a partir de las dos, el propietario del hotel estuvo solo y ya no volvió a vérselo con vida.

El portero, a partir de esa hora, también aseguraba que no había vuelto a ver a Alan Campbell.

—Estuve paseando más allá del recinto del hotel. ¡A pie, desde luego! Me gusta andar, hacer ejercicio, y me encanta la soledad a veces.

Eran varias razones, pero...

Luego, tanto el portero como el encargado de atender los coches aseguraron que aquella noche no vino nadie de fuera; por tanto, el cómplice de Rita tenía que ser un cliente del hotel.

Se supo que, excepto dar los buenos días, las buenas noches o saludarse esporádicamente, como hacía todo el mundo, Rita no tenía tratos con nadie; sólo lo justo al personal que la servía. El único seguía siendo Campbell, y el difunto Falk, que, naturalmente, no podía ser el cómplice.

Por fin lo que más complicó las cosas para el joven fue la tenencia de un encendedor de oro con las iniciales de Falk: «H.F.».

Muchos reconocieron el objeto como perteneciente al propietario del Dessert Hotel.

¡Y Campbell lo tenía muy bien escondido!

También tuvo un argumento para combatir la sospecha.

—¡Lo encontré! Lo encontré paseando la noche anterior a que le mataran...

Añadió que no lo devolvió porque ignoraba que H. F, quería: decir Herbert Falk. Podía ser cualquier otro nombre.

Aseguró que él no había visto nunca el encendedor en manos de Falk, pero el difunto propietario solía de partir con sus clientes por aquello de darles un trato familiar, conocer sus gustos, las posibles deficiencias para corregirlas y hacer de cada cliente un posible amigo para captarle y tenerle «en el bolsillo»...

Y Falk, con aquel encendedor, había ofrecido fuego a muchos...

Uno de los empleados atestiguó que Falk tenía el encendedor incluso una hora antes de su muerte; por lo tanto, era falso de que Campbell pudiera haberlo encontrado el día antes.

Arremetió el acoso a preguntas y Campbell se contradijo por una vez.

—No. No lo había encontrado el día antes... Lo encontré en una mesa de una de las salas del hotel.

—¿Y por qué no lo dio al conserje, o a alguno de los camareros?

—¡No sé! No se me ocurrió...

—Pensó que era mejor guardárselo.

—Estaba sin blanca. Sabía que el encendedor era de oro.

—¡Ah! ¿Lo sabía?

—Eso se ve enseguida.

—Posiblemente no ignoraba que era del señor Falk.

—¿Y qué? Ya se lo había cobrado en la ruleta. Perdí mucho en los últimos días.

—¿Y cómo explica que antes de una semana tuviera usted casi veinte mil dólares en su casa?

—Cuando se conoce el juego a fondo es absurdo hacer esta clase de preguntas. Del mismo modo que la racha es mala, de repente se vuelve buena...

—Pero usted antes dijo que el dinero era obsequio de una de sus... admiradoras.

—Hay de todo un poco.

—El viernes por la noche está usted sin blanca y piensa vender un encendedor que sabe a quién pertenece, pero que por dinero prefiere quedárselo y sacar dinero, y el jueves siguiente es usted rico.

—¡Acabemos, teniente!

—Estamos empezando, hijo... Y seguiremos... ¿De dónde sacaste el dinero para pagar el hotel?

—Siempre lo reservo. Las cuentas de los hoteles son sagradas para mí.

—Bien, admitamos tu honradez en ese aspecto... Pero ¿por qué no vendiste el encendedor si estabas sin blanca?

—Porque al día siguiente cambiaron las cosas.

—Y a pesar de que las cuentas de los hoteles son sagradas, te instalaste en el Comodoro de Las Vegas. Un hotel de lujo, confiando en tu buena suerte.

—Excepto con ese maldito lío, siempre termino con buena suerte. Tenía una corazonada.

—¡Una corazonada y ochenta y cinco mil dólares en el bolsillo!

—¡No!

Le procesaron.

El bagaje de pruebas no era mucho, pero estaba lo del dinero, su amistad con Rita, su nerviosismo de la noche de autos, su vida anterior, poco recomendable; lo del encendedor y alguna que otra cosilla adicional que aportó el fiscal antes de que comenzara el juicio.

Entre las nuevas pruebas figuraba la de haber encontrado residuos de la tierra rojiza de los parterres —del de debajo la ventana del despacho de Falk— en unos zapatos de Campbell.

La vista de la causa duró cuatro días.

A Campbell le pagaron un buen abogado, y en su actuación rebatió todas las pruebas.

Su alegato final dejó en ridículo lo que calificó de «infantil intento de acallar a la sociedad dándole un culpable a toda costa».

El fiscal protestó varias veces por alguna que otra alusión personal del defensor.

La gente lo pasó en grande y el jurado no tuvo dudas: INOCENTE.

Así, seis meses después del robo y doble asesinato, el único sospechoso estaba libre en la calle y la policía, que había empezado con tan buen pie, se hallaba con un caso más sin resolver.

CAPÍTULO II

California, un año después...

—¡Hagan juego, señores!

La voz puede ser distinta, pero la cantinela de los *croupiers* es siempre la misma.

—No va más...

Algunos lo dicen en francés porque resulta más elegante.

Claro que en California está prohibido el juego... oficialmente.

Extraoficialmente, se juega.

Clubs privados. Condescendencia o vista gorda. Residencias para millonarios, y un selecto etcétera.

—¡Hagan juego, señores!

Frank Jansen vio cómo sus últimas fichas eran barridas del tapete y se encogió de hombros sin conceder demasiada importancia a la desaparición de un par de cientos de dólares.

No era la primera vez que acudía al club privado del parador de la carretera interior más allá de Pasadena.

Se volvió hacia la muchacha que vendía cigarrillos con una bandeja colgada del cuello.

Ella era una muchacha agraciada, de bonitas piernas que lucía enfundadas con largas mallas negras, y se cubría el cuerpo con un sucinto vestido que apenas le llegaba a la cadera. Venía a ser el uniforme tradicional de otras tantas muchachas dedicadas a la misma profesión.

—Un paquete de Lucky emboquillado —pidió Frank.

Quedó mirándose a la muchacha y su rostro experimentó sorpresa.

—¡Hellen!

—¡Hola, Frankie! —sonrió ella—. Celebro que me hayas

reconocido. El último día que te vi quería decirte algo, pero luego desapareciste.

—¿De modo que me viste y no fuiste capaz de saludar a un viejo amigo?

—Bueno, yo estaba atendiendo a un cliente y tú te dirigías al bar. Luego ya no volví a verte.

—Hay que celebrar este encuentro... ¿Qué haces al salir de aquí?

—Estoy invitada a casa de unos amigos...

En aquellos instantes pasó un joven de elegante aspecto. Buen *smoking*, modales refinados, cabello largo, pero cuidado por las manos expertas de un peluquero con sentido del gusto, y una sonrisa perenne en los labios.

—Hasta luego, Hellen. ¿Vendrás hoy, verdad?

—Sí, Alan.

—Hasta luego...

El joven siguió su camino. Ella murmuró a Frank:

—Es Alan, Campbell. ¿Muy apuesto, verdad?

—Bueno, supongo que si yo fuera una mujer tendría que decirte que sí.

Ella rió y añadió:

—¿Por qué no vienes conmigo cuando salga de aquí? Termina dentro de poco. Lo pasaremos bien.

—¿Dónde?

—En casa de estos amigos.

—¿Quieres que vaya sin conocerlos?

—¡Oh, a ellos no les importa! Ernie Swanson acoge a todo el mundo.

—¿Te refieres a Ernest Swanson... el del cine?

—Actor, director y productor... Y millonario además.

—¿Y de qué conoces tú a ése?

—¡Oh! Como todo el mundo, cometí la tontería de intentar entrar en unos estudios de cine... Bueno, no tuve suerte... hasta que conocí a Swanson. El opina que mi rostro es fotogénico, a pesar de lo que digan algunos. Swanson pertenece a la nueva ola. En sus películas no quiere rostros prefabricados y ve el mío muy natural y que dará resultado... Me ha prometido un papel en su próxima película. Ahora nos vemos a menudo. Quiere ver cómo me muevo

entre sus amigos, sin esa bandeja que por ahora no puedo dejar porque de algo tengo que vivir.

—Muy interesante. Celebraré que tengas suerte. Ya nos veremos otro día.

—Entonces... ¿no quieres acompañarme?

—Pues... Yo preferiría tomar unas copas juntos tú y yo... En cualquier parte. Charlar de los viejos tiempos.

—¡Oh, en el Refugio del Paraíso lo pasaremos bien!

—¿Dónde está ese bar?

—No es un bar. Es la casa de Swanson... ¡Oh! Si me acompañas, me harás un favor. Tengo un coche que es un desastre. La otra vez que subí, por poco me quedo en el camino. La casa de Swanson pilló un poco lejos. Está en la montaña... Tú debes tener coche, ¿verdad?

—Sí, desde luego.

—Bueno... A menos que tengas prisa.

—No, no. Ahora estoy... de vacaciones.

—¿Casado?

—No, no.

—Bien... De vacaciones, lo mejor es divertirse, y en casa de Swanson nadie se aburre.

—Bueno... Aunque sólo sea para acompañarte... La verdad es que esta noche ya he perdido bastante, y aquí, si uno no juega, se aburre. No sabía dónde ir.

—¡Pues no se hable más! Voy a pedir permiso al encargado para salir ahora. Si sabe que es para ir a la casa de Swanson, no se negará. Swanson es socio del club. De los primeros, y ha dejado mucho dinero.

Frank sonrió. La vio alejarse y paseó la mirada por toda la sala. Había ambiente. Gente con dinero, lujo, buen servicio.

Sus ojos tropezaron con Alan Campbell, que daba el brazo a una mujer que, como mínimo, tenía la misma edad que él, aunque procuraba aparentar ser algo más joven.

Un empleado les saludaba reverente.

Campbell, con su aire mundano, se movía con soltura en aquel ambiente. Cogido de la mujer, salió del local.

Hellen regresó con un abrigo de entretiempo sobre el mismo vestido de trabajo.

—Vamos... A nosotras no nos dejan salir por la puerta principal, pero yendo contigo es distinto... ¡No me he cambiado para no entretenerme! A Swanson no le importa. Supongo que a ti tampoco.

—Lo bueno de nuestros tiempos, Hellen, es que cada día se suprimen más las rutinas sociales. Cada cual viste como le apetece y completamente a su gusto. Y esto es lo mejor...

Se tocó maquinalmente el lazo del *smoking* y añadió como disculpándose:

—Bueno... La verdad es que yo estoy un poco anticuado.

—Estás muy bien —sonrió ella.

Salieron. Él le abrió la puerta del coche y luego entró por el otro lado para sentarse frente al volante.

Ella le indicó el camino a seguir.

Durante el trayecto hablaron del tiempo que hacía que no se habían visto.

—Más de cinco años... Recuerdo que yo acababa de cumplir los veinte. ¡Qué bonito me parecía San Diego!

—Y lo sigue siendo.

—¿Tú has vuelto allí?

—No. Cuando me fui a Europa era para quedarme... Y así lo he hecho.

—¿París?

—Sí.

—¿Cómo te van las cosas?

—No puedo quejarme... He escrito algunos libros y la gente dice que no están mal.

—¿Veremos alguna película de tus novelas?

—¡Quién sabe!

—¿Por qué no dejas leer alguna a Swanson? A lo mejor le gusta el tema y la hace en cine...

—¡Oye! ¿Está muy lejos todavía esa casa? —preguntó él al llegar a un cruce.

Habían dejado ya la carretera principal y ahora la ruta era totalmente montañosa.

La carretera serpenteaba hacia el monte.

—¡A la izquierda! Es casi arriba de todo de Pandle Pico.

—¡Vaya! Un poco apartado, ¿no?

—¿Un poco? Es el fin del mundo, pero con razón Swanson lo

llama el Paraíso. Es un sitio muy tranquilo.

Siguieron en silencio por espacio de cinco minutos. No era posible correr demasiado.

Luego el panorama se despejó y en la clara noche de luna, llena se divisó a lo alto de la colina un caserón de grandes dimensiones.

—Aquello no es —aclaró Hellen.

Y sin que Frank preguntara nada, la muchacha explicó:

—Éste es el viejo Gran Hotel del Valle. Dicen que era uno de los más lujosos del país. Fue construido hace muchos años sólo para millonarios, pero las cosas no debieron ir tal como su propietario pensó; lo cierto es que lleva ya casi diez años cerrado.

El auto pasaba ahora por la parte menos distante del hotel. Todavía podía verse la vieja carretera particular de medio kilómetro que conducía hasta la explanada de la cima.

—La casa donde vive Swanson era el pabellón que mandó construir el propietario del hotel para él y su familia... Cuando se arruinó quiso venderlo todo, pero nadie le compró el hotel. El padre de Ernie compró el pabellón. Luego, al morir, lo heredó Ernie y lo modernizó. Por fuera todavía tiene el aire anticuado, pero ya verás cuando le veas por dentro. Nos estamos acercando.

Ahora la carretera descendía ligeramente sin perder de vista la casi lúgubre y solitaria silueta del viejo hotel.

—¿Cómo sabes tú todas esas cosas? ¿Tienes aficiones de guía?

—No. Todo esto me lo cuenta Ernie...

—¿Estás enamorada de él?

—¿De Ernie? ¡Oh, no! Es muy simpático, pero nada de amor de por medio... Somos amigos y nada más.

Frank viró para dejar el coche en la explanada de la casa, a cuya entrada se notaba ya el cuidado de expertos en jardinería.

—Todavía sé más cosas —añadió la muchacha mientras los faros del coche, al taladrar la oscuridad, iluminaban las viejas paredes de piedra y las ventanas, que permanecían a oscuras. Tampoco se veía ningún otro coche.

Y ella siguió:

—Swanson dice que hay una leyenda sobre ese hotel y que por esta razón nadie ha querido comprarlo ni siquiera para derribarlo y construir algo moderno... Según él, el fantasma del propietario vaga por todas las habitaciones, añorando el escaso tiempo que todo

estuvo lleno de grandes señores.

—¿Y tú crees en esas cosas?

—Yo escucho lo que Swanson dice... Bueno. ¡La verdad es que su aspecto no es agradable...! Ni siquiera con la luz del día, y menos de noche. Da escalofríos. ¡No! Nunca me he acercado siquiera.

Frank miraba alrededor.

—Y aquí parece que somos los únicos... ¿Estás segura que la invitación era para hoy?

—¡Claro que sí!

—¿Y cómo no ha subido ese Campbell? ¿No dijiste que iba a venir?

—Sí. Pero él va acompañado de Gloria.

—Pues no habrán subido a pie.

—Claro que no. Puede que hayan dado un rodeo.

—¿Cuántos más vamos a ser?

—Los de costumbre. Dan y Lorna Tracy, Campbell y Gloria, Swanson y Priscilla, tú y yo...

Frank se encogió de hombros y se dejó guiar por la muchacha.

Hellen le condujo hasta el porche. Ascendió dos peldaños, guiado únicamente por la luz de la luna, y se detuvo ante la puerta de entrada.

La casa, en realidad, estaba construida al viejo estilo colonial, pero se notaba el buen cuidado que habían tenido en conservarla.

Hellen empujó la puerta.

—Aquí siempre está abierto.

La puerta cedió, pero el *hall* apareció completamente oscuro.

Cuando la entrada quedó totalmente libre, Frank, al mirar hacia el interior, sólo pudo adivinar las sombras inconcretas de los muebles.

—Es extraño —murmuró la muchacha, sin atreverse a entrar.

—Bueno. Ahora ya está abierto... Entremos, demos una voz, y si no responde nadie, nos largamos...

—No lo comprendo... Tú oíste también cómo Campbell decía «hasta luego».

—Sí. Lo oí...

—La verdad es que esto es muy extraño. A estas horas ya suele estar siempre toda la pandilla.

—¿Tú vienes con mucha frecuencia?

—Pues sí... Desde que conozco a Swanson.

—Bien... Vamos allí —y Frank tomó la delantera. Cruzó el umbral y trató de aclimatar sus ojos a la oscuridad.

De pronto, cuando ella había entrado también, surgió una voz de alguna parte.

Una voz recia, tajante y conminativa que ordenaba a los dos:

—¡Quietos donde están y levanten las manos!

Instintivamente, Hellen buscó a Frank y se colocó a su lado. Ella le cogió del brazo en silencio.

—¡He dicho que levanten las manos! —repitió la voz.

—¿Qué significa esto? —inquirió Frank.

—No lo sé —musitó ella.

Frank separó las manos del cuerpo sin llegar a levantarlas.

Entonces se encendió una lamparilla. Daba escasa luz, pero suficiente para ver la escena. Un hombre con gabardina clara y sombrero oscuro muy calado empuñaba un revólver. A sus plantas se encontraba tendido el cuerpo de una persona. Una mujer.

La escena tenía lugar en un rellano después de dos escalones de desnivel que daban acceso a un segundo *hall* en el que se abría la puerta que comunicaba con las otras dependencias de la casa.

El cuello subido del hombre de la gabardina impedía verle el rostro. Por otra parte, la luz, que no se veía de dónde salía exactamente, le daba a la espalda.

La extraña penumbra con el cuerpo de la mujer tendido y el tipo encañonando a la pareja tenía casi un aire teatral. Sabía a cosa preparada, premeditada, como si hubiese sido ensayado previamente para ofrecerlo en honor del visitante de turno. En este caso, Frank.

—¿Qué mascarada es ésta? —inquirió Frank fríamente.

El de la gabardina hizo una seña y apareció otro hombre vestido exactamente igual, y se colocó de forma que la luz no diera de lleno a su rostro.

El que parecía el jefe, siempre con la misma voz grave, ronca casi, afirmó:

—Ésta es la casa del demonio. Aquí se conjura a Satán. Es el templo de la desintegración de los valores del hombre. Es la casa del placer y del vicio. Todos los que la frecuentan tienen que

morir...

Hizo una seña al de la gabardina y sombrero idénticos y éste avanzó empuñando el revólver.

Hellen permanecía acurrucada junto a Frank. El jefe continuó:

—Todos tienen que morir. Hay una profunda fosa en el patio. Allí serán enterrados, y la casa será destruida, incendiada con el fuego purificador.

El sicario o ayudante del jefe se colocó a tres metros de la pareja.

—El momento de la venganza ha llegado. Dispara, hermano.

Y los dos al mismo tiempo apretaron los gatillos de sus respectivos revólveres.

El detonar de las armas rompió el silencio en que estaba envuelta la mansión.

CAPÍTULO III

Tras los disparos, se encendieron todas las luces.

Los dos hombres se quitaron las gabardinas y arrojaron los sombreros, quedando el uno con *smoking* y el otro vestido con pantalón deportivo y jersey de cuello alto.

Por otra puerta salió un hombre y otras dos mujeres, mientras la víctima se levantaba del suelo y soltaba una carcajada.

Por supuesto, tanto Frank como Hellen habían quedado indemnes de los disparos.

Los revólveres hacían el mismo ruido que si estuviesen cargados con balas de verdad, pero sólo disparaban cartuchos de fogeo.

—Por un momento llegaste a asustarme de verdad —dijo Hellen al hombre del pantalón deportivo y el jersey de cuello alto, y enseguida lo presentó a Frank.

—Perdona este recibimiento, Frank. Éste es Ernie Swanson... Y sus amigos.

—No me digas que no lo sabías —dijo Frank a Hellen.

—Bueno... Ernie siempre suele gastar bromas con los forasteros... Pero hoy no sabía que ibas a venir...

—¡Ah! —exclamó el dueño de la casa con énfasis y en plan discursivo—. ¡No hay nada que un genio no sepa! Y yo, Ernest Swanson, soy un genio. ¿Hay alguien que lo dude?

Se produjeron algunos siseos, sonrisitas tímidas y casi forzadas de quien conoce perfectamente cada discurso y cada una de las palabras que el anfitrión suele pronunciar en tales casos.

Y Swanson continuó:

—Veamos, veamos... Tu amigo, Hellen, es nada menos que Frank Jansen. Pasaporte americano, pero residente en Francia, escritor. Ausente desde hace cinco años... Hum... Edad, treinta y dos años, y está de vacaciones... ¿Soy o no soy un genio, amigo?

—Le felicito, Swanson —sonrió Frank—. Tiene buena memoria.

¿Cuándo se lo dijiste, Hellen? ¿Le llamaste por teléfono cuando fuiste a dejar la bandeja de los cigarrillos?

—Puedo jurarte que no —repuso la muchacha rápidamente.

—Bueno, debéis tener un *walky-talky* o telepatía. ¿Debo inclinarme por la telepatía, Swanson? Tratándose de un genio, nada puede extrañarme.

Swanson dejó su voz impostada, discursiva y enfática para hablar de forma normal y corriente.

—Se lo diré sencillamente, amigo. Como uno de los socios fundadores del club de juego me gusta conocer a los nuevos miembros... Sus datos están anotados en el registro. Nadie juega sin quedar registrado... ¿Satisfecha la curiosidad?

—No se me había ocurrido —sonrió Frank.

—Bien. Le felicito. Muchos, en casos parecidos, se impresionan, y hasta llegan a implorar por su vida... Usted, en cambio, ha aguantado bien.

—Había mucho de teatral en la escena. Demasiado bien preparada... No es extraño en casa de un actor como usted.

—Más bien director... y ahora productor... Es mejor producir y dirigir... Ambas cosas son más fascinantes... Producir, ya lo dice la palabra, es crear algo... Dirigir es darle forma... Bueno, la verdad es que como actor, dicho sin vanidad, no he encontrado nunca mi papel... Pero qué descortesía tan grande, amigo Frank... ¿Podemos tutearnos, verdad? Aquí nos tuteamos todos, es más íntimo... Voy a presentarte... Ésa es la descortesía por no haberlo hecho antes.

Primero fue Campbell.

—La señorita es Gloria. La prometida de Alan.

Luego le tocó el turno a los Tracy.

—Dan y Loma. Matrimonio modelo. Un año de casados y no hay divorcio en perspectiva. Un éxito completo.

Luego, Priscilla. Era la que había hecho el papel de «víctima».

Lucía una maxifalda abierta por un lado. El cuerpo lo cubría con una blusa. Nada más.

Tendió la mano a Frank y saludó con voz estúpida:

—Hola, chico. Bien venido al clan.

—¡Y ahora a beber! ¡Nos espera un manantial de *whisky*! —dijo el dueño de la casa, tomando la delantera para mostrar el camino a Frank, que era el único que no lo conocía.

—¡Irving! —llamó, mientras avanzaba hacia el amplio y lujoso salón principal.

Frank miró en torno suyo. Tal como la había descrito Hellen, la casa por dentro estaba totalmente modernizada y decorada con lujo y miras futuristas.

Por una vez las ideas avanzadas no estaban reñidas con el mejor gusto.

Irving estaba al fondo. Muy estirado.

Vestía pantalón negro y chaqueta roja, muy llamativa, con solapas de seda. Sin corbata, un niki de cuello alto suplía la camisa y cualquier otro adorno.

Irving era el criado.

—No me gusta —murmuró Lorna Tracy—. No me gusta tu criado.

—No le gusta a nadie. Lo tiene para fastidiarnos —repuso Alan Campbell.

Frank, sin hacer caso de los comentarios, ordenó a Irving.

—*Whisky* para todos.

—¿Por qué no nos servimos nosotros mismos? —sugirió Dan Tracy.

—Mis invitados tienen derecho a ser cortésmente servidos por esa maravilla, extraño espécimen de nuestro siglo y de nuestra época, que es Irving... Un verdadero hallazgo. Un poco latoso a veces, pero buen muchacho en el fondo.

Irving desapareció hacia el bar para regresar con una bandeja y dos botellas con vasos para todos.

En su ausencia, Hellen musitó:

—La verdad es que no es muy simpático.

—Es una hiena. Cuando sonrío es igual que una hiena —adujo Dan Tracy.

—Verdaderamente, no sé cómo lo aguantas, Ernie —contribuyó Gloria, la novia de Alan Campbell.

El único que no hizo ningún comentario fue Frank, que se limitaba a inspeccionar a los otros invitados.

Les miraba disimuladamente, pero con agudeza, como quien está acostumbrado a observar a la gente y sacar conclusiones de tal observación.

Los Tracy, por ejemplo, podían, en efecto, pasar como un

matrimonio recién constituido, pero también podían llevar años casados... O no estar casados siquiera.

Aparentaban unos treinta años. Ella, ligeramente más joven, pero poco.

Parecían despreocupados de las cosas trascendentales, pero en cambio preocupados por la presencia de Irving.

Frank tuvo la impresión de que un examen a fondo hubiera revelado multitud de secretos que ellos tenían buen cuidado en mantener ocultos.

Luego estaba Campbell.

Alan Campbell no podía ocultar que era —o había sido— un *gigolo* más o menos profesionalizado. Era un vívidor. Un buen vividor, pero con el dinero ajeno.

Gloria, su acompañante, era la clásica mujer que lucha por parecer joven por aferrarse a la vida.

Para Frank, la alegría que parecía tener aquella mujer de hallarse en la pequeña fiesta era puro fingimiento. Reía por fuera, pero lloraba por dentro.

Luego estaba el propio Swanson.

Bueno... De Swanson no pensó nada.

Miró a Priscilla, su acompañante, sofisticada, con aspecto de falsa inocencia. Parecía querer imitar a Marilyn Monroe, pero no lo conseguía. Imprimía demasiada «pose» en sus intervenciones. Quedaba Hellen.

¿Qué pintaba Hellen en aquel cuadro?

Hellen era la compañera de años antes. La muchacha con la cabeza llena de sueños que un día deja la pequeña ciudad para lanzarse a la gran aventura de la vida.

Pero... ¿qué sabía él de Hellen en realidad?

Parecía normal, pero él, Frank, tenía «motivos para saber» que la muchacha también ocultaba algo.

¿Era acaso su afán por el triunfo lo que la había cambiado?

Bueno. A pesar de todo, Hellen era del grupo y siempre, a juicio de Frank, la única que seguía conservando una buena parte de su naturalidad. Incluso sus ingenuidades estaban exentas de malicia.

—¡El *whisky* está servido! —anunció pomposamente Irving, retirándose a un lado.

Ocho vasos casi llenos, todos con hielo, esperaban a sus

consumidores.

—¿Siempre toman la misma medida? —inquirió Frank, tomando el suyo.

—Bueno. Yo creo que es una estupidez diez *whiskys* de a dedo, pudiendo tomarse uno de diez dedos... Así ahorramos trabajo a Irving. ¡Que cada cual recuerde el color de su vaso si no quiere contagiarse de los microbios del compañero! ¡Y ahora, amigos, a divertirse! ¿Alguien tiene alguna idea? ¿Le has dicho a tu amigo que cuando se viene a mi casa hay que estar dispuesto a todo?

La última pregunta la dirigió Swanson a Hellen, y sin esperar respuesta, prosiguió:

—¿Jugamos a la ruleta rusa, quemamos vivo a alguien, celebramos un aquelarre para convocar a todos los vampiros o nos drogamos simplemente con la última hierba descubierta?

—¿Siempre juegan a lo mismo? —terció Frank.

—¿Sabe usted algún juego nuevo, amigo?

—Podríamos escuchar música...

—¿De dónde sale usted? —cortó Ernie—. ¡Música! ¡Y romántica, sin duda! Esto ya no se estila. Vaya a mi *boîte* sicodélica si quiere. Si es capaz de aguantar media hora seguida, tiene premio. Irving... Acompaña a Frank. ¡Vamos, amigos! Haremos un experimento.

La *boîte* sicodélica privada de Swanson ocupaba otra dependencia contigua al salón principal con desnivel de media docena de escalones, por lo que quedaba a la altura de la parte más baja de la casa, asentada sobre considerables desniveles.

Irving cuidó de dar el encendido.

—¡A todo gas! —exclamó el dueño de la casa.

El pequeño recinto, capaz, sin embargo, para albergar a buen número de invitados, nada tenía que envidiar a las *boîtes* comerciales; la diferencia, en todo caso, estaba en que el movimiento de las luces era más marcado, más continuo, obsesionante, igual que la música, cuya estridencia amenazaba con derrumbar las gruesas paredes, decoradas con motivos alucinantes.

Gloria fue la primera en protestar.

—Yo no sé cómo se te ocurrió hacer esto, Ernie.

—La verdad es que ensordece —dijo Dan Tracy.

—Nuestra juventud tiene que atontarse a la fuerza —protestó la señora Tracy.

—Tú no eres tan vieja, querida Lorna —gritó Swanson, porque allí había que hablar a gritos.

—Estas luces enloquecen —dijo Hellen.

—¿Y usted qué dice, Frank? ¿No quiere bailar? ¿Quería música, no?

A la pregunta del anfitrión, Frank comentó:

—Pues... me gustaría bailar con Priscilla. Apuesto a que le gustan los ritmos modernos.

—Me fascinan —repuso ella.

—Pues adelante.

Se contorsionaron en medio de la pequeña pista.

Los treinta y dos años de Frank Jansen no significaban desventaja si se le comparaba con los muchachos de dieciocho años, habituales en aquella clase de locales.

Se movía bien y con sentido del ritmo.

Priscilla lo hacía a tontas y a locas, sin seguir la música, sin estilo de ninguna clase.

Sin proponérselo, el escritor estaba dando un curso de formas rítmicas, de plasticidad dentro de lo que daba de sí aquel ruido ensordecedor.

Fue un auténtico regalo para la vista de los presentes si no hubieran tenido los tímpanos destrozados a causa de la estridencia de los altavoces.

Y las luces seguían con sus guiños intermitentes, obsesivos, alucinantes.

Por fin la música cesó de golpe. Las luces dejaron de funcionar.

—Ha sido un placer —dijo Frank acompañando a su pareja hasta donde estaban los demás—. Pero confieso que esto no es mi fuerte.

Alan Campbell se encaró con Frank. En la penumbra de las luces azules y rosadas de la *boîte* sus ojos brillaron, taladrando materialmente el rostro del escritor.

—Parece que quieres impresionarnos, ¿verdad?

—¿Yo?

Alan añadió:

—¡Ernie! Es un buen hallazgo. Fíjate bien en él. Es un tipo duro.

—No. Yo no soy un tipo duro. Más bien normal. Lo que ocurre es que también he asistido a *parties* como ésta en Francia. A veces resultan más fuertes.

—Conque en Francia nos aventajan, ¿eh? —sonrió el dueño de la casa iniciando el camino para salir de la *boîte*.

—No en todo tenemos que ser los primeros.

—Bien, bien... Ya hemos visto que no te emocionas fácilmente... Como escritor debes ser una persona inteligente.

—También un basurero puede ser inteligente. Cada trabajo requiere una capacidad distinta. Lo que hace falta es amoldarse... Hacer lo que se hace... con gusto.

—Bien... ¿Qué tal tus reflejos?

—Creo que funcionan... a pesar del *whisky*.

—No has bebido mucho.

—Si hay que emborracharse no pienso quedarme atrás.

—Vacía el vaso y toma otro. ¡Vamos! La fiesta no debe decaer. Luego jugaremos a los detectives... ¿Conoces el juego?

Estaban ya de nuevo en el salón principal. Swanson hizo una señal a Irving y ordenó:

—Trae ocho revólveres... No siete. Yo seré el detective. Y tú la víctima. ¿Verdad que no te molesta, Irving?

Irving negó con la cabeza.

—Pues trae los revólveres... Y las balas, claro.

—¿Qué clase de juego es éste? —preguntó Frank.

—Es muy sencillo. Se apagan las luces. Irving se esconde. Vosotros siete tenéis que encontrarle y matarle...

—Con balas de fogeo, claro —terció Campbell.

—¡Por supuesto! Ya imagino que no cambia de criado cada vez que juegan a esto —sonrió Frank.

—Bien. Éste es el juego —concluyó Swanson—. Luego mi misión es hacer de detective... ¡Oh, pero no! El listo eres tú... Vamos a ver si tienes dotes... Tú serás el detective. ¡Irving! ¿Están las pistolas?

El criado apareció con siete revólveres. Todos eran más o menos parecidos, aunque de calibres distintos.

Irving dejó también dos cajas de balas sobre la mesa.

Swanson miró las dos cajas y eligió una exclamando:

—Te he dicho las balas de fogeo. Las otras son auténticas. ¿Es que no ves la diferencia?

Irving no contestó y el dueño de la casa procedió a cargar con una bala cada una de las pistolas.

—Bien. Ya está. Coged una cada uno. Tú, Frank, no te muevas

de aquí. Las luces se apagarán. Daremos tiempo a que Irving se esconda. Luego, cuando oigas el disparo, gritas: ¡luces!

—¡Motor, cámara, acción! —sonrió Frank.

—No, no, amigo. Nada de esto. El juego es muy serio. Bueno. Irving se levantará y encenderá las luces. Te dirá exactamente dónde ha caído, y si el disparo ha sido hecho de frente, por la espalda, a quemarropa o a distancia. Lo que no te dirá, naturalmente, es quién le ha disparado. Esto tendrás que adivinarlo tú. Tendrás que hacer preguntas, naturalmente, investigar... ¡Ah! Y vale todo. Comprende que un asesino nunca se descubre si no es acosándole... ¿Te atreves?

—Si no hay nada mejor que hacer...

—¡Magnífico! Irving, puedes ir apagando todas las luces. Utiliza la llave principal. Luego te damos dos minutos exactamente al término de los cuales empezaremos la caza. Puedes esconderte en cualquier parte excepto en mi despacho. Bueno. Tú ya conoces el juego y las normas.

Irving asintió y se retiró.

—Es un juego muy emocionante. Ernie siempre da con el culpable —adujo Priscilla.

—Bueno —puntualizó Swanson—. El que no quiera disparar puede quedarse en cualquier parte, pero tendrá que tener una coartada para cuando se le hagan las preguntas... ¡Ah! Y si el detective se da por vencido cualquiera puede ocupar su lugar si cree tener una pista.

Las luces se apagaron.

—¡Señores! —exclamó el dueño de la casa—. Mucha atención, porque el juego ha comenzado ya.

Contaron el tiempo.

Todo había quedado completamente a oscuras.

A través de la esfera luminosa de su reloj de pulsera, Ernie Swanson contaba los segundos.

Cuando transcurrió el tiempo, el dueño de la casa anunció:

—¡Ahora! Tú quédate aquí, Frank... Hasta que oigas el disparo. Recuerdas.

—Está bien.

Y Frank, sentado en uno de los divanes de la casa, escuchó algún que otro tropezón que daban los invitados con los muebles, y el

arrastrar de pies sobre la moqueta que cubría toda la casa.

En breves momentos se hizo el silencio absoluto, dando la impresión de que todos habían abandonado el salón.

También Frank a través de su reloj fosforescente contaba el tiempo.

Transcurrió el primer minuto y los segundos corrían de nuevo en pos de alcanzar el segundo.

Miró alrededor y no pudo ver ni el menor resplandor, porque los pesados y gruesos cortinajes de los ventanales impedían por completo el paso de la luz procedente de la luna.

El segundero había rebasado ya los dos minutos de espera.

De pronto sonó el disparo.

Frank se incorporó y con un poco de mala gana gritó:

—¡Luces!

Se oyeron varias pisadas, demostrativas de que cada uno de los jugadores regresaba al salón alejándose del lugar del «crimen».

—¡Eh, sin empujar! —gritó alguien.

Frank reconoció la voz de Dan Tracy.

—Tú eres Priscilla, ¿verdad? —inquirió la voz de Alan Campbell.

—¡Ah! Adivínalo —repuso la voz de la sofisticada muchacha.

—Bueno... Creo que ya estamos todos de vuelta —adujo la voz del dueño de la casa.

—¿Por qué no encienden las luces? —preguntó Gloria—. Nunca he podido soportar la oscuridad.

—Bueno... No creo que Irving tarde mucho ya —repuso Swanson—. Todo depende de dónde se haya escondido.

Hellen se aproximó a Frank.

—¿Quién está ahí?

—El detective. ¿Eres tú la culpable?

—¡Ah! Eso tienes que adivinarlo.

—Parece que Irving había ido muy lejos —comentó la señora Tracy.

—¡Irving! —gritó Swanson—. Date prisa. El juego es para hoy.

—¿Es mudo este criado? —preguntó Frank—. Creo que todavía no le he oído la voz.

—Habla poco —repuso Swanson.

Alguien tanteó en la oscuridad en busca de un vaso y trasegó.

—Tenía sed —era la voz de Dan Tracy.

—¡Maldita sea! —espetó Swanson—. Disculpad. Iré a ver qué diablos espera Irving.

Era, como es lógico, quien mejor conocía la casa y por lo tanto el único que podía andar en la oscuridad sin tropezar.

—Irving quiere prolongar el juego por su cuenta —dijo la voz de Alan Campbell.

—¡No sé por qué diablos no despide a ese hombre! —espetó Dan Tracy—. Es la única nota disonante de esta casa.

—Pero sirve para los juegos —sonrió Priscilla.

Campbell acarició a Gloria.

—No temas, amor mío. A veces ocurren estas cosas. Es para añadir emoción.

—La verdad es que es un juego un poco tonto —repuso ella.

Gloria de entre todos —y en opinión del escritor— era la única mujer que desentonaba en aquella casa.

Ella era —Gloria— superior al resto de los reunidos. Como la chica que no puede salir a un escenario como no sea para recitar poesías, comparada con una gran trágica de la escena.

Sí, Gloria parecía pertenecer a una sociedad más culta, y allí estaba solamente casi por compromiso, por agradar a Alan Campbell, para integrarse en una vida a la que difícilmente podría adaptarse a pesar de sus esfuerzos.

Los pensamientos de Frank se interrumpieron bruscamente cuando volvió a sonar la voz de Swanson.

—¡Eh, venid todos! ¡En la cocina! Deprisa.

—Dios mío, ¿qué ocurre? —preguntó Gloria.

—Ahora lo sabremos —terció Campbell tranquilamente.

Y de nuevo la insistente voz de Swanson:

—¡Vamos, deprisa! ¡A Irving le han matado de verdad!

CAPÍTULO IV

Estaba tendido entre la cocina y el *office*, caído de bruces con una mancha de sangre en la chaqueta roja precisamente por el color quedaba disimulada.

Por lo demás, a la luz de la linterna que esgrimía Swanson, el criado permanecía completamente inmóvil.

—Alan. Da la luz. Ya sabes dónde está la llave de paso —dijo Swanson.

Alan obedeció y la cocina quedó iluminada con el tubo fluorescente aplicado de forma indirecta sobre uno de los armarios.

Frank se aproximó e intentó tocarle el pulso.

—¿Qué vas a hacer?

—Comprobar si está muerto.

Buscó el pulso y sostuvo la muñeca durante un minuto para soltarla con cuidado y murmurar:

—No late.

—¡Claro! Está muerto... Mira por dónde ha entrado la bala... Debe haberle destrozado el corazón.

—¡Dios mío! —exclamó Gloria.

—¡Calma! —rogó Alan.

—Espero que esto no sea otra broma para impresionarme —adujo Frank.

—¿Bromas con un cadáver? Nunca he llegado a tanto... ¡Maldita sea! Alguien estaba deseando matarle... Y tuvo que hacerlo aquí... ¡Yo mismo le brindé la oportunidad! ¿Quién ha sido? ¿Quién de vosotros? ¡Os llamo mis amigos y me apuñaláis por la espalda!

Hubo un silencio que cortó Alan Campbell.

—Te estás pasando, Ernie...

—¿Me paso? Y el que ha hecho esto, ¿qué? ¿Cómo llamarías lo que ha hecho el asesino? Yo puedo pasarme porque estoy en mi casa, y alguien se ha aprovechado de ello.

—Quisiera marcharme —susurró Gloria.

—Calma, querida. Nos iremos enseguida.

—¡Narices! —rugió el actor, productor y director de cine—. ¡De aquí no se va nadie hasta que todo quede aclarado!

Ahora estaba en otra de sus facetas. Había dejado de lado la de actor, para portarse como un hombre al que acaban de gastar una de las peores jugadas.

—La cosa es sencilla —terció Frank sin perder la serenidad de la que siempre había hecho gala.

—Quizá estemos equivocados —dijo Dan Tracy dando un paso hacia el muerto—. Puede que viva.

—¡No! —gritó Frank—. No le toquen... Esto es para la policía. He dicho que la cosa era bien sencilla porque no hay más remedio que llamar a los agentes. Si lo ocultáramos sería peor. ¿Dónde está el teléfono, Swanson?

—¡Eh, un momento! —gritó el aludido—. ¿Qué te propones?

—Ya lo he dicho. Irving se quedará dónde está. Los demás al salón a esperar a la policía. ¿La llamas tú?

—Aquí nadie va a llamar a nadie sin mi permiso. ¿De acuerdo? —rugió Swanson, autoritario.

—No se puede ocultar un crimen —cortó Frank.

—Ésta es mi casa. Y uno de vosotros se ha cargado a mi criado...

—¿Por qué no tú? —sonrió Frank.

—¡Esto es una estupidez! Si hubiese querido deshacerme de él no lo hubiera hecho en mi propia casa.

—Está bien. Todos sois amigos. Os conocéis. Yo soy un extraño. El único al que Irving no le importaba en absoluto.

—¿Qué?

—Que ignoro los motivos que podían tener los demás, pero yo ni siquiera conocía a Irving. Así es que me largo. ¿Vienes, Hellen?

—Me gustaría, pero...

—¡No, Frank! Tú no te mueves. Éramos ocho y ocho seguiremos siendo...

—De acuerdo. ¡Hellen! ¿Dónde está el teléfono?

—Hay uno en el salón.

—Pues llamaré a la policía.

Y Frank marchó decidido. Swanson dio un paso adelante tratando de impedir que pudiera pasar, pero el escritor le apartó de

un empujón.

—Para otra vez buscaos unos juegos menos peligrosos.

Nadie volvió a impedirle su marcha hacia el teléfono. Hellen le indicó con un ademán el aparato sobre un mueble.

Frank descolgó y esperó la comunicación. No llegaba. No había señal ni sonido alguno. Golpeó varias veces el soporte y volvió a colgar comprendiendo lo que había pasado:

—Está cortado.

Swanson ya estaba en el salón junto con los demás.

—¿Qué dice la policía? —preguntó con expresión más bien burlona.

—De sobras sabes que el teléfono no funciona.

—Una pena... El asesino debe haber cortado la línea —repuso el dueño de la casa.

—Bien. También eso tiene arreglo. Iré a buscarla personalmente.

—Déjame ir contigo, Frank —pidió Hellen—. Palabra que yo no sabía nada de esto. ¡Ni he tenido nada que ver!

—Está bien, vamos. Y no trate de impedirlo, señor Swanson —añadió Frank, olvidándose del tuteo.

—¿Pretendéis escapar? Esto está muy bien... Os largáis a la ciudad y ya no volvéis a aparecer... Luego, si las cosas se ponen feas, os basta con decir que no estuvisteis en mi casa para nada... Hellen tiene amigos en el club. Amigos capaces de mentir para ayudarla...

—Yo no utilizo esos trucos...

—Está bien, Frank. Vete, pero antes... Un pequeño recuerdo.

Sacó algo del bolsillo. Un objeto diminuto. Se lo echó a la cara y surgió un fognazo.

Era una cámara fotográfica y con ella acababa de sacar una foto de la pareja.

—Ahora podéis iros. Antes he sacado una foto del cadáver de Irving... En el coche aparecerá primero aquélla, luego esta y otras que haré para perpetuar ese trascendental momento. Vete, Frank. Si piensas huir no te servirá de nada.

—Yo no pensaba huir, sino avisar a la policía.

—¿Y dejar que te retengan el pasaporte? ¿Cuándo terminan tus vacaciones? No debe faltar mucho... Lo dijiste cuando te hicieron la ficha en el club... ¡Ah, sí! Tres semanas y ya han pasado más de

dos... Esto puede tardar en aclararse.

—Yo no tengo nada que ver.

—¿Por qué estás tan seguro?

El dueño de la casa avanzó hacia la mesa donde había quedado la caja con el resto de las balas de fogueo y la otra que contenía las auténticas. Cogió esta última y la abrió.

—Estaba llena. Estoy seguro. Mirad... Ahora falta una. Alguien la ha cogido y la ha sustituido por la suya. Todas las armas eran del mismo calibre.

—¿Y qué? —inquirió Frank.

—Tú estuviste un buen rato solo. Pudiste hacerlo.

—Esperamos todos un par de minutos en la oscuridad. Cualquiera pudo acercarse a la caja y coger la bala —replicó Frank.

—Sí. Es posible... Y tú sigues incluido. Tenías las mismas posibilidades que los demás.

—Yo no me moví de aquí cuando vosotros os fuisteis.

—Esto lo dices tú. Estoy seguro que si preguntamos ahora a todos, uno a uno dirán que nadie disparó contra el pobre Irving.

—¿Por qué diablos iba a hacerlo yo? ¡No le conocía!

—Eso lo dices tú, Frank... Pero Irving sí te conocía a ti... Me lo dijo enseguida que te vio... Te recordaba de San Diego... Allí ocurrió algo turbio. ¿No es cierto, Frank? Algo que no quedó muy claro y que a la policía tal vez le gustaría recordar.

El escritor depuso su actitud. Avanzó unos pasos hacia el dueño de la casa y frunció el entrecejo.

—Sorprendido, ¿verdad?

—¿Quién te ha hablado de San Diego? —inquirió tras un silencio.

—Irving... sabía muchas cosas. Llevaba un cuidadoso fichero, y además... tenía una memoria privilegiada... Te vio días atrás en el casino. Me habló de ti. Y quiso conocerte.

Frank se volvió hacia Hellen.

—Entonces tú... cuando me llevaste a esta maldita fiesta...

—Él me lo había pedido, Frank, pero yo no sabía nada de esto. Te doy mi palabra. No lo sabía —repuso ella.

—¿Sigues queriendo avisar a la policía, Frank? —sonrió triunfalmente Ernest Swanson.

CAPÍTULO V

La escena seguía poco más o menos igual.

Algunos se habían sentado, otros bebían en pie, abstraídos en sus propios pensamientos.

Alan Campbell no se había movido del lado de Gloria que parecía la más angustiada de los presentes.

Era una situación violenta para todos, pero los demás parecían resignados a su suerte.

Ella, no. Ella se sentía más incómoda que nadie.

—¿Qué se propone? —preguntó a Campbell.

—No lo sé. Pero me temo que habrá que seguirle la corriente.

—¿Por qué no nos marchamos?

—Ahora no podemos, querida...

Ernie Swanson se decidió a hablar.

—Bien, Frank, tú pareces el único que ignora las circunstancias... Bueno... Los demás también prefieren ignorarlas, pero en el fondo todos conocían a Irving. Irving también les conocía a ellos.

Hizo una pausa y añadió:

—Me explicaré. Quiero decir que todos los aquí reunidos, incluyéndote a ti... tenían sobrados motivos para matar a mi criado.

Gloria iba a protestar, pero enseguida la atajó Ernie Swanson.

—Por favor, Gloria... Tú también tienes algo que ver, bajo esa apariencia frágil y serena, bajo ese porte de dama desengañada en busca de evasiones... Sí, Gloria. Tú también tenías motivos para liquidar a Irving.

—¿Por qué? —preguntó Frank.

—Es fácil comprenderlo, escritor. Irving era un chantajista...

Hubo un silencio general.

—¡Les sacaba dinero a todos! Se lo sacaba antes de trabajar para mí... Luego supo que yo solía reunirme con esos amigos y pensó

que esta casa podía ser una especie de oficina... Creo que le pagaban una vez por mes... Supongo que hoy debía ser día de cobro. Naturalmente, esto era un asunto particular de cada cual. Apuesto a que nadie hacía comentarios con su vecino. Era un problema que no se podía ventilar en público, porque las cosas turbias nadie quiere que salgan a la luz. —Y tras otra pausa siguió —: Sí. Irving era listo... Aquí les tenía a todos. O al menos a una buena parte de los que le proporcionaban sus ingresos. Sé que llevaba una lista muy cuidadosa. Con nombres, fechas y datos. Los nombres, naturalmente, estaban en clave. Por ejemplo: señor X-R.

Tema: San Diego. Drogas.

—Esto es una infamia —cortó Frank.

—Bueno... Puede que tú no tuvieras nada que ver en el asunto, pero no te conviene airearlo. Sobre todo habiendo drogas de por medio y residiendo en el extranjero... Además, a mí no me lo cuentas. Esto es cosa de Irving... Es decir, lo era.

—¿Por qué admitiste a este tipo en casa? —inquirió Frank.

—Amigo mío, tampoco yo pude elegir.

—Al menos eres sincero... ¿Y qué clase de chantaje te hacía a ti? Que lo sepan todos.

—No tengo inconveniente en decirlo... puesto que estamos en familia. Pero luego...

Dan Tracy quiso aducir algo:

—No tienes derecho a retenemos aquí. Nosotros estamos al margen...

—Por favor, por favor, querido Dan... Tu mujer y tú sois tan sospechosos como el que más. Todos conocemos los motivos.

—Calla, Ernie —espetó la señora Tracy.

—¿Por qué? Aquí todos lo sabemos, pero callamos. Irving, no... Irving no callaba. Amenazaba con ir con el cuento a la policía... por mediación de un anónimo, claro.

—Pero esto... —terció Dan Tracy.

—Eso puede arreglarse desapareciendo. Lo sé, lo sé. Posiblemente alguna «cliente» vuestra tuvo un lamentable accidente y la policía está en ayunas de lo ocurrido... Irving hubiera cuidado de desvelar el secreto a cambio de mantener la boca cerrada si vosotros pagabais. Ella, mejor dicho, porque tú, Dan, no tienes

donde caerte muerto.

—¡Maldito! —exclamó Dan, amenazador.

—No pierdas la calma... Esto empezó siendo un juego. ¿Verdad? Pues continuemos. ¡Vamos!

—¡Dios mío! —exclamó Gloria.

—Mi querida Gloria. Deja de invocar tanto a Dios y piensa en las fotografías que había conseguido Irving... ¡Oh, sí! La gran dama. La hija del todopoderoso George Hawkins. Rey de no sé cuántas cosas... ¿Qué ocurriría si de pronto llegara el escándalo en forma de retratos de su hija que en una noche de orgía permitió que le hicieran...?

Gloria volvió el rostro avergonzada...

—Alan. No creas que yo...

—No invoques a Alan, querida Gloria. A él no le importan esas cosas. Va por tu dinero. Eres ya mayorcita para no darte cuenta... ¿Cuántos años de diferencia te lleva Alan?

—Muy diplomático, Ernie. Sigue. Es interesante... Pero conmigo vas a estrellarte. No tengo nada que ver con Irving.

—Bueno... Creo que en su lista aparece un tal

Z-G.

La G creo que es la inicial de *Gigolo*.

También hay otros nombres menos *franceses*, pero que también te describen.

—Éste no es motivo para hacerme chantaje ni que yo lo consienta.

—Pero la encantadora Gloria lo ignoraba... Irving poseía fotos en las que aparecías con otras damas, algo más maduras. Sí, muchacho. Tú también estabas en la lista y te convenía callar.

—No es cierto. Yo nunca he ocultado a Gloria que he vivido de las mujeres —terció Alan sin avergonzarse.

—Bien, Alan... No es de mi incumbencia. ¡Allá vosotros! Pero estabas fichado por Irving y yo no le ayudaba a llevar sus asuntos. Me lo dijo él sin dar detalles.

Paseó la mirada a todos y se detuvo en Priscilla.

—Te toca a ti...

—¡Déjame en paz! —espetó ella.

Ya no era la tonta sofisticada. La imitadora de la Monroe. Era una gata furiosa.

—También estabas en su lista.

—¡He dicho que me dejes en paz!

—¿Qué había detrás del chantaje?

—¡Nada!

—Pero te lo hacía. Tú pagabas... Conseguías dinero en uno de esos tugurios.

—Mi vida es cosa mía...

De pronto toda su altivez se vino abajo y se sentó llorando, vencida, harta de fingir una cosa o la otra. Cansada de hacerse la niña ingenua e insinuante a veces. Cansada de representar a todas horas.

—Mi marido... Estaba casada... ¡Dios mío!

Todo el mundo estaba pendiente de Priscilla.

La joven tragó saliva y continuó:

—Un día apareció muerto, apuñalado... Me acusaron a mí. Vivíamos en Phoenix. Yo no lo hice... No lo hice. Pude huir. Cambié de nombre y me peiné de otro modo, tiñéndome el pelo, usando lentillas que cambiaran el color de mis ojos... Yo no le maté, pero todas las pruebas me acusaban... ¡No sé cómo Irving consiguió aquellas malditas fotos!

—Y pagabas —concluyó Ernie.

—¡Sí! —gritó ella.

Frank cambió una mirada con Hellen. Parecía querer adivinar qué era lo que la muchacha tenía que ocultar.

—No —dijo Ernie como aclarando el interrogante—. Ella, no. Es meramente una testigo. La necesitaba para atraerte aquí, Frank, pero ahora conviene que se quede hasta que esto quede aclarado.

—¿Qué pretendes?

—Tú eres el detective. Recuerda. Esto era un juego. Bien. Ahora puedes lucirte, escritor.

—Esto no tiene gracia —protestó Tracy.

—Amigo mío, en todos los juegos hay que saber perder. Si tú no eres culpable no tienes por qué preocuparte.

—Me niego a seguir —repuso Frank.

—¿Por qué? Tú aceptaste.

—Era un juego. Ahora hay un muerto en la cocina. Ha dejado de ser un juego...

—No, no... Quiero saber quién mató a Irving. Está en mi casa.

¿No? Bien... No estoy dispuesto a delatar a nadie. A todos nos conviene callar. Incluso a Hellen, porque indirectamente ella también está complicada. Es ya cómplice.

—No. Yo, no... Prefiero irme...

—¿Y hablar con la policía?

Ella guardó silencio.

—¿Te das cuenta? Si hablas nos perjudicas. No podemos exponernos a que salgas de la casa. Si callas, te conviertes en encubridora de un crimen.

—¿Qué te propones? —cortó Frank.

—Ya lo he dicho... Encubriremos el asesinato entre todos. Pero primero habrá que descubrir al culpable... ¿Alguien no está de acuerdo?

—Creo que ya es hora de terminar con esta mascarada —cortó Alan Campbell.

—¿Mascarada? No... Frank tiene razón. Cuando hay un muerto ya no existe mascarada ni juego... Pero hay que seguir.

De acuerdo, Ernie —adujo el escritor—. Sigamos. Sigamos tu juego. Yo soy el detective.

—¡Bravo! Así me gusta.

—¡Me niego! —gritó Priscilla.

—Por favor... —sonrió Swanson con fingida benevolencia.

—No te prestes a esto, Frank —pidió Hellen.

—Tú a callar, querida —atajó el dueño de la casa.

—¿Por qué no? Estamos cogidos en una especie de trampa. Pues bien. Adelante.

—Así se habla, Frank... ¿Por dónde empiezas? Te ayudaré si tú lo pides. El juego es así.

—Empezaré por ti... Olvidaste decirnos por qué te chantajeaba a ti tu criado... Sabes los secretos de todos. Es justo que sepamos el tuyo.

—¡Oh, sí! Claro... Yo también entro en el juego.

Hubo expectación ante el silencio del dueño de la casa.

Lentamente, Swanson, como si estuviera ante las cámaras, avanzó y comenzó a hablar meditando sus palabras.

—Pues la cosa es algo compleja... No voy a excusarme ahora ni a entrar en detalles... La verdad es que hace cosa de un año asesiné a una persona... La maté de un balazo. Eso es todo.

Tras sus palabras se produjo un profundo y prolongado silencio.

CAPÍTULO VI

Todos los reunidos protestaron.

Todos sin excepción se negaron a seguir adelante, pero Frank acalló los comentarios.

—Sólo uno puede sentir temor. Los demás tendrán una íntima satisfacción al saberse fuera de toda sospecha cuando hayamos llegado a la verdad... En cierto modo Swanson tiene razón... Es mejor conocer a quién protegemos... Y voy a empezar ahora mismo...

—¡Un momento! —protestó Dan Tracy.

Dan se mostraba como un hombre acorralado, sin la máscara de dignidad que había llevado cuando junto con los demás fingía ser un alegre vividor muy al día.

Ahora parecía un hombre primitivo, uno de tantos surgidos de la calle y encumbrado gracias a manejos inconfesables.

—¡Un momento! —repitió jadeante, sudoroso—. ¿Y qué diablos ocurrirá cuando sepamos quién se cargó a Irving? A mí personalmente no me importa. Y no tengo por qué ocultar que le prefiero muerto. ¡Como todos! Bien... Se lo han cargado. Pues enterrémoslo y en paz...

—Muy cómodo para ti, Dan —opuso Swanson—. Pero Irving trabajaba para mí...

—¡Esto es el desierto! —espetó Dan—. ¿Quién diablos puede saber lo que ocurre aquí? Sólo debes denunciar su desaparición y nada más. Todos diremos que le vimos marchar de esta casa. Tendrás la mejor coartada. Ocho personas testificando a tu favor...

—Estupendo, Dan. A veces tienes ideas.

—Guarda tus ironías, Ernie. He dicho lo más sensato.

—¿Acaso le mataste tú?

—¡No!

—Bueno. Ya sé que no lo dirás. Frank Jansen va a tener un duro

trabajo para establecer la verdad. No le envidio.

—Desde ahora me niego a contestar sus preguntas —repuso Dan Tracy con decisión.

—Y yo —repuso su mujer.

—No cuente conmigo —adujo Priscilla.

—Será una lamentable pérdida de tiempo —corroboró Alan Campbell—. Y por supuesto prohíbo que se le hagan preguntas a Gloria.

—¿Qué te parece, Frank? Nadie quiere colaborar. ¿Te ves capaz de seguir adelante?

—Yo sé que no he sido —repuso Frank—. Y por eso no tendría ningún miedo a que alguien me preguntara.

—¡Qué casualidad! Yo también «sé» que soy inocente de ese crimen. No tendría por qué esconderme, puesto que he confesado delante de los demás. He desnudado mi alma para que nadie pudiese criticarme. Sin embargo, a Irving no le maté yo... Como podemos prescindir de Hellen, nos quedan únicamente cinco sospechosos.

—Yo no fui —gritó Priscilla—, pero digo lo mismo que Alan. Me alegro que esté muerto.

—Todo esto es absurdo —musitó Gloria que hasta entonces había permanecido callada—. Yo no sería capaz de matar a nadie, pero aunque haya sido alguien de nosotros y por horroroso que parezca, yo... bueno... estoy dispuesta a pagar... lo que sea. Enterrémosle y vayámonos.

—¿A quién pretendes pagar, Gloria? Yo tengo dinero. Aquí, quien más quien menos, vive bien. ¡No, amiga mía! ¡Hay cosas que los dólares de tu padre no pueden comprar!

—¿Empiezo? —preguntó Frank.

—¿Por qué hemos de creer que tú eres inocente? —increpó Priscilla, que desde que dejó su pose de ingenua estúpida estaba resultando la más agresiva.

—Porque no fui. Sencillamente por esto.

Loma Tracy intervino.

—Ernie. Reflexiona, Te hemos seguido en tus juegos siempre. Pero esto es demasiado grave. No pretendas sacarle partido a todo. Nos quedaremos hasta que haga falta y todos colaboraremos en deshacernos del cuerpo de Irving, pero sin preguntas...

El dueño de la casa paseó la mirada a los reunidos y sacudió la cabeza varias veces.

—¡Pero qué estúpidos sois todos! ¿Creéis que es tan fácil deshacerse de un cadáver?

—Enterrándolo —repuso Dan Tracy.

—Oh, sí. A cien metros de profundidad. Destruyéndolo con cal viva. Eso sí es fácil, amigos... Pero ignoráis las consecuencias... Irving no era ningún loco, inconsciente. Sabía hacer las cosas. No iba a andar por ahí amenazando a todo el mundo sin tener las espaldas cubiertas... Puede que os convenga leer este aviso... Yo guardo una fotocopia.

Fue hacia un mueble y extrajo una carta fotocopiada. Leyó:

«Para el buen gobierno de todos aquéllos a quienes pueda interesar, debo advertir que en un Banco de Los Ángeles guardo una declaración que irá a poder de la policía en el caso de que yo muriera violentamente».

—Interesante, ¿no? —sonrió Ernie.

Y seguidamente continuó la lectura:

«Y aun en el caso de que mi posible asesino pensara en hacer desaparecer mi cadáver, con sustancias químicas o arrojándolo en las profundidades del océano, o acaso triturándolo...»

Hizo una pausa para añadir sonriendo:

—Hay que convenir que pensaba en todo, ¿eh? Y además le gustaba el humor negro. Continuó:

«... O acaso triturándolo, etcétera, etcétera, la policía tendría mi declaración igualmente. La explicación es sencilla: el encargado de la custodia de valores del Banco donde se halla depositado “mi testamento”...»

—¡Qué gracioso! Y además lo llamaba su testamento —sonrió Swanson en otro inciso.

—¡Sigue! —cortó Tracy.

—¡Qué impaciente! Claro que sigo. Es muy interesante lo que

viene. Y demuestra que Irving no se chupaba el dedo. Se las sabía todas. Continuó:

«... Mi testamento, hum... hum... ¡Ah, sí! El encargado de la custodia de mi testamento tiene que recibir noticias mías por lo menos cada tres días, salvo que le indique cosa en contra. Por tanto si en el día en que yo deba dar señales de vida no las doy, sea personalmente o por los medios que él ya conoce, tiene órdenes concretas de entregar el sobre con mi confesión a la policía».

Y concluyó con las últimas palabras de la misiva:

«... Espero que esto haga reflexionar a quienes tengan malos pensamientos con respecto a mi suerte, porque caso de morir violentamente, las historias de los interesados verían la luz pública.

»Espero que esto sirva para que entre todos procuren velar por mi vida. Particularmente creo que es el mejor seguro que puedo hacerme. Un seguro de vida en el que todos contribuirán muy de buen grado...»

—Era listo, ¿no? —inquirió Swanson una vez terminada la lectura de la misiva.

—¡Demasiado! —Escupió Dan Tracy.

—Bien... De lo que se desprende que por culpa de uno vamos a pagar todos —siguió Swanson—. Porque cuando esa declaración de que habla vaya a parar a manos de la policía, ya no habrá forma humana de ocultar nuestros... llamémosle pecadillos. ¡Oh, por cierto! Hay un párrafo que me lo he saltado.

Y volvió a mirar la misiva que seguía en sus manos.

—Va destinado a las fotografías... Diríase escrito para Gloria. Dice así:

«Y al mismo tiempo, algunas fotografías no aptas para menores serán remitidas a los periódicos».

—¡Hay que evitar esto, Alan! —exclamó Gloria.

—¿Cómo? —preguntó Swanson.

—Debe haber algún medio —repuso el joven tomándose en serio por primera vez el asunto.

—¿Cuál?

—Hay que pensar.

—Yo lo vengo pensando desde que encontré a Irving con el balazo en la espalda.

—¡Haberlo dicho antes! —bramó Tracy.

—No, amigos... Mi método evitará que esa declaración de Irving salga a la calle, llegue a poder de la policía o de los periódicos... Sé que puedo conseguirlo.

—¡Vamos, habla! —exclamó Priscilla.

—No, no... Todo tiene un precio.

—¿Tú también?... —murmuró Lorna Tracy.

—¿Por qué no? Pero el mío es más modesto. No se trata de dinero... Es curiosidad. Pretendo saber únicamente quién le mató. Nada más. No voy a utilizarlo para sacarle dinero, porque todos sabéis bien que no lo necesito... Sólo quiero saber quién ha sido capaz de matarle. Nada más. Os prometo a todos que el secreto no saldrá de aquí.

Se produjo un silencio más.

Se intercambiaron miradas todos los reunidos, pero nadie habló.

—Esto podría facilitar mi tarea —adujo Frank—. Si alguien confiesa el juego habrá terminado.

—Usted parece divertirse, ¿eh, amigo? —adujo Alan—. Pero tampoco debe sentir un gran interés en que la declaración de ese chantajista pase a poder de la policía.

—Confieso que me molestarían bastante, pero supongo que podría demostrar que en el asunto de las drogas no tuve nada que ver.

—¿Entonces por qué pagaba a Irving? —increpó Tracy.

—Yo no pagaba, amigo... Por tanto no estoy en esa lista. A mí no me importa en absoluto lo que les ocurra a ustedes. Han dicho que debía quedarme y seguir. No tengo alternativa. Me quedo. Y juego.

Hellen cambió una mirada llena de angustia con el escritor.

—Lamento haberte traído aquí. De veras.

—¿Te pagaron?

Ella vaciló.

—Díselo, Hellen. Díselo —sonrió Swanson.

—¿Cuánto? —inquirió Frank.

—Quinientos dólares —confesó ella.

—Una buena suma.

—Pero te repito que yo no sabía...

—Por favor, Hellen. No tiene importancia. En el fondo... me están dando tema para una novela.

—¡Excelente! Si me gusta te prometo llevarla al cine —sonrió Swanson.

—¡Basta ya! —gritó Dan Tracy—. Todos parecéis muy divertidos... Pero hay una declaración que puede ir a la policía. Quizá mañana mismo.

—Ya he dicho que tengo un medio para impedirlo. Costará un poco, pero no hay nada imposible para mí —terció el dueño de la casa con su sempiterna seguridad en la voz y hablando de nuevo en plan de «genio» de puédelo todo.

—Sí —adujo Alan Campbell—. Y además conocemos el precio de tu ayuda. Vamos... Es mejor que el culpable confiese.

—¿No has sido tú, Alan? —inquirió Frank.

—¿Yo? En todo caso mi secreto ya lo conoce la persona más directamente interesada. No... A mí no me afecta la declaración de Irving.

Frank volvió la mirada a Priscilla.

—Bueno... Si eso es cierto, los sospechosos se reducen. Priscilla está envuelta en un crimen. Los Tracy con el asunto del aborto y Gloria con las fotos.

—¡No puedes acusarnos! —gritó Dan Tracy, agresivo—. ¿Quién diablos crees que eres?

Avanzó frenético y Swanson le contuvo.

—Calma, calma. Repórtate, Dan. Es un juego.

—¡Es una cochina jugarreta!

—¡Cuidado! —atajó de nuevo Swanson—. Hay señoras delante. Y tú, Frank, permíteme que te lo diga. No llevas esto demasiado bien... Piensa que los sospechosos siguen siendo todos, porque en el libro rojo de Irving hay algo que también es muy interesante.

—¿Libro rojo? ¿Qué es eso del libro rojo? —preguntó Priscilla.

—Es una especie de memorándum o vademécum de Irving... Tiene anotadas cosas muy interesantes.

—¿Tú lo has visto? —preguntó Frank.

—Sí... Irving no tenía secretos para mí. Al fin y al cabo yo estaba bien cogido en su trampa... Esperad un momento. Voy a buscarlo. Lo tenía en su cuarto. No tardo.

La expectación se tradujo en un silencio impresionante como si nadie se atreviera a intercambiar palabra con el vecino.

Puede que todos —los inocentes del crimen— se preguntaran quién había matado al criado.

Era lógico que unos miraran con recelo a los otros.

¿Quién había sido?

CAPÍTULO VII

Ernest Swanson tenía el libro rojo en las manos.

Era un cuaderno alargado, con tapas de cartón de color encarnado fuerte.

—El libro de los secretos —sonrió—. Vamos a buscar la página que nos interesa. Hojeó el libro hasta detenerse donde habían los apuntes que buscaba.

Leyó:

—Hay unos nombres en clave. No puedo saber a quién pertenecen, porque repito que Irving nunca daba detalles... Veamos, aquí hay una anotación que dice:

«Asunto Nevada. Robo hotel. Asesinato director.
Asesinato mujer supuesta cómplice. Policía
desorientada».

—Más abajo, entre paréntesis, está escrito: «Es uno de ellos». Lo cual quiere decir que es uno de ustedes...

—¿Nevada, asesinato, robo...? —empezó Dan Tracy.

—Un momento —cortó el dueño de la casa—. Si Irving decía que uno de ustedes era el culpable es que lo era. Sus informes siempre resultaban exactos, pero además hay otro dato... Cada uno de los reunidos tiene un nombre clave. No sé quién es, pero los que estamos aquí lo tenemos... Y este nombre clave es el que tiene puesto en lo referente a ese asesinato cometido en Nevada a que alude, porque al mencionar que «es uno de ellos» pone a continuación los nombres clave de los reunidos...

Sin soltar el libro se volvió hacia Frank y añadió:

—Alguno puede alegar que, en apariencia, no tenía motivos para matar a Irving, ni importarle que su nombre saliera en los periódicos rodeado de un escándalo, y sin embargo, esa persona

pudo ser la más interesada en quitarle de en medio por causa de algo que nosotros ignoremos... Lo de ese robo y asesinato, por ejemplo.

—Teniendo este libro es jugar con ventaja —repuso Frank.

—Es una pequeña ayuda que te ofrezco, detective.

—Yo puedo aclararles esto y sacarles de duda —intervino Alan Campbell.

Todas las miradas se volvieron hacia el *gigolo*.

Y Alan sintetizó:

—Yo estaba en ese hotel cuando ocurrió el robo con doble asesinato. Fui uno de los protagonistas. El sospechoso único que encontró la policía. Me juzgaron por ello y salí absuelto con todos los pronunciamientos favorables. Así que... por esta vez los informes de Irving fallaron. No podía hacerme chantaje por ello, puesto que no es un secreto el que haya sido procesado. Un error de la policía al detenerme. No me hubiera sacado un céntimo.

—¿Es cierto esto? —inquirió Frank.

—Basta con buscar en los periódicos de Las Vegas del año pasado. Yo mismo guardo algunos recortes en casa. También en California debió aparecer la noticia.

—Bien... —adujo Swanson, pensativo—. Irving dice que el culpable es uno de nosotros... De los que nos reunimos con frecuencia... ¿Acaso la policía dio con el verdadero criminal?

—No —repuso Campbell.

—Entonces está claro... El auténtico, el autor de ese doble crimen tiene que estar aquí... ¿Quién estaba en Las Vegas el año pasado?

—Yo he estado en Las Vegas, pero hace mucho tiempo —repuso Dan Tracy.

—A mí no me mires, Ernie —intervino la mujer de Dan—. No me he movido de California desde que me casé con Dan. En realidad hace años que...

—Claro, claro —cortó el cineasta—. Tu negocio te lo impide. ¿Priscilla?

—Yo haré las preguntas —terció Frank—. Soy el detective, ¿no?

—Pues adelante.

—Ahora la cosa ha cambiado. Hay un crimen reciente... Algo que no sabíamos... ¿Cuánto dinero desapareció?

Contestó Campbell:

—Ochenta y cinco mil dólares.

—Una buena suma... ¿Priscilla?

—¡Vete al diablo!

—Bueno, confíesate autora de la muerte de Irving y olvidaremos lo de Las Vegas. Al fin y al cabo el motivo es el asesinato del criado de nuestro anfitrión.

—Yo no maté a Irving ni tuve nada que ver con aquello...

—¡Vaya! ¿Conque estuviste en aquel escenario?

Priscilla se mordió los labios dándose cuenta de que se había traicionado a sí misma.

—Es mejor que sigas, muchacha... Tú estabas en aquel hotel.

Ella guardó silencio para al fin estallar:

—¡Sí estaba! Llevaba tiempo dando tumbos, huyendo de la policía... Aquél fue mi primer empleo estable. El lugar era solitario y yo apenas salía de allí.

—¿Trabajabas allí?

—Era camarera de habitaciones... Bueno, hacia las camas y limpiaba. La gente se fija poco en nosotros. Llevábamos una especie de uniforme y esto nos hacía parecer más iguales a todas... Cuando empezó a llenarse aquello de policías me asusté. Afortunadamente no se metieron con nosotras y aproveché la primera ocasión para largarme. ¡Pero sin más dinero del que había ganado con mi trabajo! ¡Yo no maté a nadie!

—Pero es curioso que estuvieras allí —sonrió Frank.

—Si Irving pensaba que yo había tenido algo que ver, iba errado.

—Bueno... Tal vez hubo alguien más... Los Tracy ya han dicho que no... ¿Gloria?

—He estado en Las Vegas algunas veces...

Campbell la rogó persuasivamente:

—Es mejor que lo digas. Al fin y al cabo no tiene ninguna importancia. Tú estás libre de sospechas. El asesino mató por dinero y tú no lo necesitabas.

—¿De modo que Gloria estaba también en Las Vegas? —sonrió Swanson.

—¡Sí estaba! Era un hotel tranquilo como ha dicho Priscilla... Y yo... Bueno... quería vivir retirada.

—¿Un desengaño amoroso, Gloria? —preguntó Frank.

—No es necesario que profundices, amigo —cortó Campbell.

—Bueno... Creo que vino verdad más no importa.

—¡Estaba allí y basta! Pero es absurdo que Irving pudiera referirse a mí. Nunca he necesitado el dinero ajeno...

—Sólo en el caso de que «papá millonario» descubriera las fotos que su hija permitió que le hicieran en cierta noche de orgía...

—¡Me drogaron! —cortó ella—. Yo no sabía lo que hacía... Pero papá no tiene por qué enterarse. Por eso pagaba el chantaje a ese maldito Irving. Sí, por eso... Pero no temía tanto que mi padre pudiera desheredarme como el disgusto que se llevaría con el escándalo. Siempre ha llevado una vida ejemplar. Tiene un pasado limpio. Ha llegado a la cumbre con su esfuerzo... No. No sobreviviría al disgusto y por eso he querido ocultárselo siempre.

—Y tu padre te manda dinero, ¿no es eso? —inquirió Frank en su papel de detective, metido ya de lleno en el extraño juego.

—Sí, claro.

—Bien, bien —sonrió Frank—. Ya tenemos un motivo... Tenías que pagar el chantaje de Irving... Si pedías a tu padre más dinero del normal hubiese podido sospechar. Quién sabe si ya te llamó la atención las últimas veces... Por tanto necesitabas reponer tus fondos para pagar al chantajista sin pedirselo a tu padre... Y el sistema fue robar en el hotel... Luego desapareciste sin duda... Pero Irving te encontró de nuevo, ahora en California y volvió a la carga con su odioso chantaje... Había que pagar o papá recibía las fotos... No te dejaba más alternativa que perpetrar otro golpe... pero no habría sido suficiente, porque Irving seguiría insistiendo una y otra vez... Y ello te obligaría a convertirte en una atracadora de profesión, sólo para pagar a un desalmado. Y robando se corren riesgos. Una vez puede salir bien, pero dos o más... Lo mejor era eliminarle. Sí. Ese crimen parece íntimamente ligado con lo ocurrido en Las Vegas...

Hizo una pausa y volviéndose al propietario de la casa inquirió:

—¿Qué tal lo estoy haciendo, Ernie?

—¡Bravo, escritor! Estupendo. Y o mucho me equivoco o has dado en el blanco... Las razones que has expuesto son fantásticas. Tienen lógica.

—¡Basta ya de sandeces! —increpó Campbell, saliendo en

defensa de la mujer.

—¡Mira cómo defiende su cuenta corriente! —sonrió Frank.

Alan se abalanzó hacia el escritor.

—No te consiento tus insultos —y blandió el puño en dirección al rostro de Frank que esquivó deteniendo el golpe magistralmente.

Ofuscado, Alan quiso sacudir la zurda, pero de nuevo con el antebrazo, el escritor paró la acometida y pasó al ataque con un directo en el hígado, rápido, contundente.

Campbell se inclinó acusando el dolor.

—Repórtate, amigo. Vosotros me elegisteis como detective. Ahora aguantaos. El juego sigue.

—¡Yo no tuve nada que ver en aquello! —gritó Gloria—. ¡Es absurdo! Yo no fui.

Y mientras se aproximaba a Campbell para interesarse por las consecuencias del golpe recibido, Swanson llenó un par de vasos de *whisky* y ofreció uno a Frank guardándose otro para sí.

—Frank... No quisiera echar por tierra tu perfectamente lógico alegato... Tal como has planteado las cosas, Gloria es culpable, sin embargo, hay algo mucho más sutil en todo esto. Piensa... Tú eres escritor...

—No entiendo.

—Es muy sencillo. Admitamos que Irving se hubiese equivocado y que persiguiera a alguien al que no podría sacar dinero.

—¿Campbell?

—¡Váyanse al diablo! —Gruñó el joven.

Sin hacerle caso, el propio Frank exclamó:

—¡Ya comprendo...! A Campbell le juzgaron y salió absuelto.

—Exacto, sigue —sonrió el dueño de la casa.

—El que lo absolvieran sólo quiere decir que es inocente por la justicia, pero puede que no encontraran las pruebas suficientes.

—¡Están locos! —cortó el joven.

Pero Frank continuó.

—Según las leyes... ninguna persona puede ser juzgada dos veces por el mismo delito... Aunque Campbell sea culpable ya no podrán sentarlo otra vez en el banquillo.

—Esto no tiene sentido —se defendió el joven—. Si no pueden juzgarme dos veces... tampoco tenía por qué matar a Irving.

—Bueno, amigo —sonrió Swanson—. Una cosa es que no te

puedan volver a juzgar, pero otra es que alguien pueda presentar pruebas concluyentes a la policía de que fuiste el verdadero responsable de aquello. No dudes de que ya encontrarían el modo de pescarte en algo ilegal. No se moverían de tu lado, pegados como una sombra porque sabrían que eres un asesino. Un doble asesino que además robó ochenta y pico mil dólares y sigue paseándose tranquilamente. No, Alan. Esa clase de publicidad no interesa a nadie y esto constituye también un excelente móvil para quitar de en medio a un testigo.

Se hizo un silencio.

En pocos momentos dos personas habían aparecido como presuntos culpables, no sólo de la muerte de Irving, sino de un caso que la policía de Las Vegas lo tenía todavía para archivar por falta de nuevos sospechosos.

Aquella vez el silencio se prolongó.

CAPÍTULO VIII

Sin que nadie hubiese hecho ninguna insinuación al respecto, aquel extraño juego entró en una fase de descanso.

Hasta aquel momento nadie había querido declararse culpable del asesinato del criado.

Dan Tracy tomó del brazo a su mujer y espetó:

—Necesito que me dé el aire.

Gloria pidió un trago y Priscilla fue al lavabo.

El dueño de la casa se quedó a solas repasando aquel misterioso y fascinante libro rojo.

Frank salió al jardín de la parte posterior con Hellen.

Ya no existía la posibilidad de que nadie intentase la huida. Todo el mundo estaba involucrado en el asunto.

Todos tenían motivos para pensar en la declaración de Irving, que del Banco iría a la policía.

Frank encendió un cigarrillo y lanzó al aire de la noche una bocanada de azulado humo.

—Siento todo esto, Frank —repitió la joven—. Pero pase lo que pase quiero que sepas que yo nunca hablaré de ese asunto de las drogas...

Frank la miró profundamente y sonrió:

—Olvida eso.

—¿Puede ocurrirte algo?

—Cuando se interviene en un juego de esta clase... siempre existe el peligro de que ocurra algo imprevisto.

—No sabía qué clase de gente era... Yo sólo pensaba en mi oportunidad.

—Puede que la tengas.

—No, Frank. Ahora que les conozco, ¡no! Y menos sabiendo que Ernie ha cometido un asesinato. ¡Y lo ha confesado sin inmutarse!

Frank se sentó en un banco de piedra, tan antiguo como la casa.

—Es como una, pesadilla... ¡Y tengo miedo!

—Lo comprendo.

—Esto no puede terminar bien... ¿Qué hará cuando logre saber quién mató a Irving si es que lo consigue?

—Olvídate de esto ahora.

—¡No puedo, Frank! Él lo ha dicho, si callo me convertiré en una encubridora... Si él sospecha que puedo hablar... o cualquiera de ellos... ¡Me matarán!

—Yo te protegeré.

—¡Oh, Frank! Tú te vas a Francia la semana que viene, ¿verdad?

—Más o menos.

—Frank... Te lo tomas muy tranquilamente.

—¿Qué debería hacer según tú? Esta casa es un arsenal. Hay pistolas, balas... y no todas de fogeo precisamente.

—¿Llevas tú un revólver? —inquirió ella.

—No. Pensé que iba a una fiesta.

Ella se mostraba nerviosa. No podía ocultarlo. Él se incorporó. La miró a los ojos cogiéndola por los hombros.

—Hellen.

—¿Qué?

—Tranquilízate.

—Trato de hacerlo.

—Hellen.

Ella esperó a que él continuara.

—Me hubiera gustado encontrarte en otras circunstancias... Y cuando esto termine...

—¿Qué?

Él seguía vacilando.

—Aunque no lo creas... He pensado muchas veces en ti.

—Pero si casi no te acordabas de mí cuando me viste.

—Esto es lo que tú crees, pero allá en París... a menudo, mientras medito lo que he de escribir, acuden recuerdos a mi mente.

—¿Y me recuerdas a mí?

—Sí. Cuando pienso en San Diego. Te veo. Te veo en mi imaginación... Recuerdo el par de veces que fuimos a bailar juntos.

—La primera vez yo tenía dieciséis años. Lucía un vestido nuevo —rememoró ella también.

—Luego fuimos creciendo. Nuestras obligaciones nos impidieron vernos con más frecuencia, iniciar una amistad y terminamos por ser simples conocidos... Pero aun así yo te recordaba.

—En París debes conocer a muchas mujeres.

—Pues sí. Conozco a mucha gente, pero eso no tiene que ver para que se recuerde a alguien que ha dejado un grato recuerdo... A veces una persona a la que ves solo unos momentos tiene algo especial que te atrae, que te obliga a no olvidarte... A ti te vi algo más de un momento. Y bailamos.

—Celebro que... que pienses en mí. Yo... algunas veces, también te he recordado.

Luego se hizo un silencio y repentinamente ambos se sintieron atraídos con la fuerza del imán.

Sus labios inevitablemente se unieron en un beso eterno.

Las palmadas de alguien detrás de ellos que estaba aplaudiendo les hicieron volver a la realidad.

Era Swanson que, irónico y burlón, comentaba:

—Una vieja escena final. Lo hacíais muy bien. No me importaría que continuaraís, pero ahí dentro queda algo que aclarar todavía.

—Ernie —cortó el escritor—. Creo que es necesario que...

—¡Alto, amigo! —cortó el aludido sin dejarle continuar—. Si tienes confidencias que hacer, olvídalo. Lo que haya que decir tiene que ser público. No acepto tratos de favor.

—Pero...

—Para mí todo el mundo es sospechoso... Por cierto. ¿Has preguntado a Hellen si estuvo en Las Vegas?

—¡Estás loco!

—¿Por qué? A lo mejor jugando, jugando, descubriremos las cosas más sorprendentes.

—¡Ernie! Tú mismo has dicho antes que yo era sólo una testigo... Y debiste dejarme ir —contestó ella.

—Sí. Es mejor que la dejes.

—Lo siento. Seguiremos todos. Ahora los demás protestarían. Andad dentro. Tengo algo que proponer, pero a todos.

Y poco después, de nuevo en el salón principal de la magnífica residencia, Ernie Swanson sugería:

—Haremos una confesión secreta. Cada uno anotará en un pedazo de papel que he cortado exactamente igual de medida,

simplemente un sí o un no. Luego dejaremos lo escrito dentro del jarrón —y señaló un florero vacío colocado sobre un mueble del rincón—. Es sólo para tener la seguridad de que el asesino se niega a hablar en público, pero se trata de veras de uno de nosotros.

—¿Quién si no pudo haber sido? —interrumpió Frank.

Entonces el propietario de la casa dijo algo que a nadie parecía, habérsele ocurrido hasta entonces.

—¿Se le ocurrió a alguien mirar fuera de la casa?

Silencio.

Ernie Swanson continuó:

—La casa estaba a oscuras. Todos los coches están en la parte trasera. Pudo haberse acercado un ladrón... La puerta de la cocina estaba abierta. Tropezó con Irving y disparó; luego, al oír las voces nuestras, salió huyendo.

—¿Un ladrón aquí arriba? —inquirió Frank.

—¿Por qué no? Las casas solitarias se ven saqueadas con bastante frecuencia en estos últimos tiempos. Cuanto más solitaria es la villa, mucho mejor.

—Bien, pero mi coche estaba en la parte de delante. Ya me extrañó al llegar que no hubiera ningún otro.

—Tú lo dejaste allí, Frank, pero mientras te obsequiaba con la comedia inicial para probar tu temple y divertirnos un poco, Irving, por orden mía, lo colocó junto con los demás.

—¿Por qué?

—Porque quería gastarte otra broma, pero ya no nos dio tiempo —explicó Ernie Swanson.

—La idea del ladrón sigue pareciéndome absurda. Hubiéramos escuchado el motor del coche. Al menos en el momento de huir —espetó Tracy.

—Mi querido Dan, parece olvidar que mi casa está a prueba de ruidos. Supimos la llegada de Frank y Hellen porque Irving observaba desde la ventana.

Aquella nueva idea parecía digna de tenerse en cuenta, aunque si hubiera sido posible penetrar en la mente de cada uno de los reunidos, se habría visto que la mayoría pensaban que el asesino estaba allí. Era uno de los ocho.

¿Quién?

Se procedió al reparto de las cartulinas. El propio Swanson las

entregó a todos quedándose una para sí mismo. También entregó a cada uno un lapicero de color negro.

—Cada cual que anote sí o no. Simplemente. Sin nombres —recalcó.

Cuando cada uno tenía lo necesario para escribir lo que se pedía hubo un momento de vacilación que Dan Tracy fue el primero en cortar.

—¡Acabemos! —exclamó y fue el primero en hacer una anotación y dejar su cartulina en el interior del jarrón.

Su esposa dudó un poco más, pero al fin le imitó cuando Priscilla ya había emitido su respuesta.

El cuarto fue Campbell que había escrito sobre un mueble.

Le siguió Hellen que también tomaba parte.

La sexta persona que dejó la cartulina fue Gloria.

Luego le tocó el turno a Frank que avanzó y dejó su respuesta en el mismo lugar que las otras.

—Y yo también —adujo el propietario de la casa haciendo la correspondiente anotación secreta.

Una vez su respuesta estuvo en el jarrón llamó a Hellen.

—Mézlalo bien para que no se sepa cuál estaba primero o última. Éste es un juego sin ventajas.

Hellen obedeció.

—Ahora, Frank, haz el favor de sacar las cartulinas y busca la del sí —dijo Ernie.

Frank fue hacia el jarrón y lo puso cabeza abajo para que saltaran los pedazos de cartulina, todos iguales.

—¿Y bien?

Frank los había mirado todos uno a uno.

—¿Dónde está el sí? —insistió el dueño de la casa.

—Lo siento —repuso el escritor—. No hay culpable.

Todas las papeletas decían no.

Si el asesino estaba entre ellos, ni aún en secreto quería revelarlo.

CAPÍTULO IX

—No suelo darme por vencido tan fácilmente —sonrió el dueño de la casa—. Y todos lo sabéis.

Tomó las papeletas y las examinó una a una. Las arrugó, las metió en un cenicero y las prendió fuego aplicándoles un fósforo encendido.

Tras aquella especie de confesión secreta se había producido otro momento de silencio que las palabras de Ernie Swanson estaban cortando.

El cineasta prosiguió:

—Pero el caso es que el tiempo no pasa en vano y tal vez mañana, si el encargado del Banco, la persona que tiene la orden de Irving de entregar el sobre que guarda a la policía, no recibe señales de vida del interesado, todos nos veremos en un grave apuro... Hay que acelerar el juego. Para lo cual emplearemos otra táctica... Quede bien sentado que yo deseaba salvar a todos, pero vuestra ayuda hasta el momento ha sido nula.

—Tú has dicho que pudo venir alguien de fuera —sonrió Campbell tratando de recuperar su aspecto eternamente risueño, aunque aún estaba lejos de conseguirlo—. ¿Por qué no aceptarlo así? No puedes condenarnos a todos y a ti mismo a que se descubran nuestros pequeños líos si como dices tienes el medio de que esa declaración de Irving no se divulgue.

—Lo tengo, sí, pero me fastidia hacer favores gratis.

—Bueno —sonrió un poco más tranquilo Campbell—. Repito que a mí no puede perjudicarme en absoluto lo que haya en esa declaración. —A mí no tienes por qué hacerme ningún favor.

—Lo dices pero no lo piensas. Un escándalo, amigo mío, llegaría a oídos del padre de Gloria. ¿Qué ocurriría si poco después ella le anuncia tu compromiso contigo?

—¿A nadie se le ha ocurrido pensar que pueda querer a Gloria

por sí misma... sin pensar en el dinero?

—¿Un tipo como tú? —sonrió el dueño de la casa.

—¿Qué pasa? Tú aceptaste mi amistad.

—¡Qué amistad! Hace menos de tres meses que nos conocemos. Has frecuentado mi casa porque te gusta codearte con gente importante. ¡Y yo soy importante!

—Fue nuestra amistad con les Tracy —adujo Gloria—. Ellos nos llevaron aquí. Yo pensé que se trataba de personas decentes...

—Vaya quién habla —ironizó Lorna Tracy—. Se droga, se deja retratar desnuda y aún presume de decencia.

Gloria volvió a dar muestras de hallarse avergonzada.

—¡Cuándo terminará esa horrible pesadilla!

—Ahora mismo, querida Gloria. Ahora mismo.

Y rápidamente sacó un revólver del bolsillo del pantalón. Un arma automática con la que apuntó a todos en general.

—¿Qué significa esto? —espetó Tracy.

—¡Agrúpanse todos! ¡Deprisa! Hacia aquella pared. Y cuidado, esto está cargado con balas auténticas.

—Ernie... —empezó Dan Tracy.

—Preguntabas qué significaba esto, ¿no? Pues muy sencillo. Lo que ha ocurrido aquí esta noche no va a saberlo nadie... En el cargador de esta automática hay ocho balas, sobre una. ¡Vamos! Alineaos...

Accionaba la pistola con firmeza, dando la sensación de que estaba realmente dispuesto a utilizarla.

Hellen se aferró al brazo de Frank que le susurró:

—No temas.

—¡Silencio! Ahora el juego lo llevo yo. Y voy a darles la última oportunidad para que confiesen. ¡Vamos! ¡Quiero verlos a todos! Poneos de frente, juntos... ¡No tanto!

Las órdenes frenéticas del dueño de la casa eran obedecidas sin rechistar.

—Estás loco —murmuró Campbell.

—Puede que lo esté, pero de aquí no saldrá nadie vivo... Luego os llevaré hasta el hotel y os meteré en la bodega para que os pudráis... Nadie os encontrará allí, nadie... Nadie va allí desde hace años.

Apuntó a Dan Tracy que se había situado a un extremo de la fila.

—¡No, Ernie! —protestó el hombre. Estaba pálido, asustado, agitaba la mano y repetía:

—No, no... Tú no puedes hacer esto.

—Sí, puedo. ¡Ya lo creo que puedo! —Miró a todos y de nuevo insistió—: ¿Nadie quiere hablar?

Volvió a fijar la puntería en Dan Tracy.

Pareció que iba a disparar cuando de pronto Lorna Tracy dio un paso adelante.

—¡No! No dispaes. ¡He sido yo!

—¿Qué? —preguntó Ernie, volviendo la mirada hacia la mujer.

—He sido yo.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Por qué?

—Estaba cansada de que me extorsionara.

—¿Sabes, Lorna...? Por un momento llegué a creerte.

—¿Qué?

—Mientes muy mal. Tratas de salvar a tu marido y salvarte a ti misma, pero a mí no me engañas.

—¡Pero si fui yo!

—Lo hubieras dicho antes...

—Tenía miedo.

—¿De qué? Después de lo que te caerá encima cuando la policía se entere de la clase de negocio que tienes... no creo que el confesar en familia un crimen más pudiera perjudicarte y menos entre nosotros.

Lorna vaciló.

—No, querida Lorna, no... Tú lo hubieses confesado antes y tu marido también... Tiene que haber sido otro... otro cuyas culpas sólo pueden llegar como máximo al escándalo, mientras que un asesinato... ¿O tal vez más de uno?, puedan llevarle a la cámara de gas.

Miró a los demás...

—Sí... Y esto tiene que estar relacionado con el asunto del hotel de Las Vegas. Un crimen para ocultar otros.

Ahora buscó con la mirada a Campbell, luego a Gloria y por fin a Priscilla.

—¿Tenéis algo que decir? Ahora vais a morir de todos modos,

porque no he creído una sola palabra de lo que ha dicho Loma.

Avanzó hacia Campbell y le encañonó a escasa distancia.

—Empezaré por ti, Campbell, es por donde debí haber empezado. Tú serás el primero.

—¿Tratas de asustarme?

—Sé que estás asustado, pero si dudas de la eficacia de este revólver... —Se volvió ligeramente y apuntó a una lámpara de pie.

Disparó.

El balazo taladró la pantalla en forma de globo de cristal que se hizo añicos. La bombilla estalló.

—Son balas auténticas... Y no puedo desperdiciar ni una más.

El rostro de Campbell varió. Trataba de mantenerse sereno, pero estaba completamente lívido.

—Esto es ir demasiado lejos... Yo no tengo nada que ver.

—Bien, pagarás por otro. Ya no tiene remedio.

Iba a disparar.

—¡Tío! —gritó Campbell.

Había llegado al límite de su resistencia.

—¿Tienes algo que decir?

—Sí, sí... tengo algo que decir... Yo... yo —tartamudeó.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta con insistencia. Hubo un silencio general.

Todos se creían salvados, incluso Campbell.

El joven había visto en aquel sonido la posible salvación. Todos pensaban lo mismo y el timbre seguía sonando.

—¡A la *boîte* todos! ¡Vamos! Daos prisa.

Nadie quería dar el primer paso, pero el arma que con tanta firmeza empuñaba el dueño de la casa les indicaba el camino.

—No creáis que podéis libraros tan fácilmente de mí. ¡Vamos!

El timbre había dejado de sonar, pero por la casa resonaban unos pasos.

—Han entrado por la puerta lateral. ¡Maldita sea! ¿Quién será ahora? —renegó Ernie.

Escondió el revólver, advirtiéndolo:

—Cuidado. Sabéis que llevo el arma en el bolsillo. ¡Que puedo disparar!

En el ancho umbral que separaba el gran salón del paso a las dependencias interiores surgieron dos hombres con el uniforme de

la policía local.

El que habló se presentó a sí mismo:

—Soy el sargento Rogers. Éste es el agente de primera Burr... Venimos por orden del *sheriff*.

—¿Pasa algo? —preguntó con absoluta naturalidad Ernie.

—Hace poco más de dos horas se recibió una llamada telefónica diciendo que se había cometido un crimen.

Hellen susurró a Frank:

—El teléfono estaba cortado.

—Sí —repuso él.

El policía continuó:

—Fue una llamada anónima. Dejé las señas y tratamos de comprobarlo, pero su teléfono no funcionaba. El *sheriff* pensó que se trataba de una broma. Bueno. Hicimos indagaciones hasta averiguar que la llamada había sido hecha desde el teléfono de un coche. Hubo que buscar la matrícula y luego al propietario. Total, que para más lío el coche resultó ser robado. Su propietario había denunciado su desaparición hace un par de días... Les cuento todo esto para justificar el retraso, pero vaya... Ya veo que están en una fiesta y que tal como pensaba el jefe se ha tratado de una broma.

—Pues sí, seguramente... Aquí, como puede ver, todos estamos vivos...

Campbell se adelantó para decir algo:

—¡Sargento!

—¿Qué hay, señor?

—¡Alan! —atajó Ernie—. No molestes demasiado al sargento.

Se aproximó al joven y añadió en voz baja:

—Si hablas, hablaré también yo.

—Bueno... Si no necesitan nada echaremos un vistazo por ahí y regresaremos... Por cierto. ¿Dónde tienen los coches?

—¡Un momento, sargento! —insistió Campbell después de abrirse paso, ya que Ernie se lo cortaba—. Nosotros también nos vamos. Será un placer ir escoltados por la policía.

—¡Oh, con mucho gusto! Salgan.

—¡No! No se iban —gritó Ernie.

—¿Qué le pasa? —preguntó el sargento.

—He dicho que no se iban, ni se irán. ¡Quietos! —Sacó nuevamente el revólver.

El sargento hizo un ademán, pero Ernie se volvió hacia el policía.

—¡Cuidado, sargento! Y usted también, agente Burr. Esto va en serio.

—¡Trata de matarnos! —gritó Tracy.

El agente Burr se echó hacia un lado al tiempo que desenfundaba su revólver, pero Ernie se le anticipó y disparó primero.

Utilizó dos balas y Burr, llevándose las manos al vientre, se desplomó.

El sargento se abalanzó contra Ernie. Frank corrió para ayudarlo, pero de nuevo funcionó otras dos veces el arma de Ernie y el policía lanzó un gemido y cayó de bruces.

Ernie se revolvió encañonando a Frank.

—Cuidado... Creo que todos han comprendido que ya no pienso detenerme ante nada.

—Ahora veo que estás loco —adujo Tracy—. ¿No te das cuenta? Descubrirán lo que has hecho...

—Y me condenarán... Pero yo os habré condenado antes... —Y en cuclillas tomó el revólver de reglamento del agente. Ahora eran dos las armas que tenía en la mano.

Avanzó hacia los demás que de nuevo habían vuelto a formar la trágica hilera.

—Antes estabas diciendo algo, Campbell. Sigue... o de lo contrario no podrás disfrutar de la vida.

Si antes el joven estaba asustado, ahora su terror había subido varios enteros.

—Si me das tu palabra de no disparar...

—La verdad. Sólo exijo la verdad —y aplastó el revólver del policía contra su estómago.

—La verdad —repitió.

—¡Calla, estúpido! —intervino Gloria—. ¿No ves que nos va a matar igualmente?

—¿Es que tú también tienes algo que decir, Gloria? —preguntó Ernie.

CAPÍTULO X

Se hizo un silencio que rompió la voz asustada de Alan Campbell.

—¡Qué más da que lo sepa! Yo no quiero morir por algo en lo que no he tenido parte.

—¡Farsante! —repuso Gloria.

—Fue ella... Fue Gloria —delató Campbell.

—Eres un... asqueroso, gusano rastrero... —Insultó ella.

Había dejado su pose de mujer virtuosa. Sólo mantenía el aire innato de gran dama, pero su lenguaje ya no era el mismo y su forma de expresarse, repentinamente, había tomado un tono barriobajero.

—¡Yo quiero vivir, Gloria! —protestó él—. Ya ha matado a dos policías. Está loco...

—Tú lo has dicho, pero si dices la verdad te salvarás... ¿Fue ella?

—Sí, sí... Fue Gloria. Ella planeó el robo en el hotel Dessert a unos kilómetros de Las Vegas... Ella con Rita Malone de cómplice.

—Continúa, Alan, continúa. Todo esto es muy interesante.

—¡Cerdo! —gritó ella.

—¡Quieta! —espetó Ernie, volviendo uno de los revólveres hacia la mujer.

Alan prosiguió:

—Yo no tuve nada que ver en aquello. Conocía a Gloria como a otros clientes, pero sólo hice amistad con Rita. La noche del robo la había invitado, pero ella se negó. Y conste que con Rita no iba por dinero. Me gustaba, pero ella siguió negándose... Aquella noche no tenía dinero para jugar y salí. Paseé por el jardín y me pareció oír su voz. La busqué sin dar con ella... hasta que más tarde...

Rememorando la escena explicó cómo había visto a una sombra vestida con un traje de malla de cuerpo entero que corría a través

de la pared lateral del hotel y luego, ayudada por una cuerda, trepaba hábilmente hasta una ventana. Pensé que se trataba de un hombre, pero luego comprobé que aquélla era la habitación de Gloria. Y lo comprobé aquella misma noche, porque fui personalmente fingiendo que me había equivocado de habitación... Ella apenas había tenido tiempo de quitarse aquella malla. Me recibió con la bata como si hubiera estado en la cama. Pero yo ya sabía que en aquella habitación no había nadie más que Gloria... Luego, tras mi proceso... nos hicimos amigos.

—¡Él me buscó! —rugió Gloria—. Lo sabía. Lo sabía todo y a cambio de su silencio tuve que compartir el dinero con él... Entonces no me importó demasiado... Hasta cometí la estupidez de enamorarme... ¡Y ni siquiera es un hombre capaz de defenderme! Intentó golpearle a pesar de la amenaza del revólver de Ernie.

—¡Quieta! —gritó Ernie Swanson.

El arma la hizo retroceder.

—¿De modo que fuiste tú...? —repitió el cineasta mirándola un tanto incrédulo.

—¡Sí! ¿O es que acaso los buenos golpes sólo pueden darlos los hombres? Le dije a Rita que era posible hacerlo... Tuve que matarla porque hablaba demasiado y bebía a menudo. No sabía mantener la boca cerrada.

—Entonces Frank tenía razón... Necesitabas dinero para pagar el chantaje de Irving.

—Sí... es cierto... porque las fotografías llegaron a poder de mi padre... No tengo un centavo... ¡Y no maté a Irving! Ya no podía hacerme chantaje con las malditas fotos...

—¿Tú no fuiste? Pensé que... —empezó Campbell.

—¡Tú no sirves ni para pensar! Te dije que no comprendía lo que Irving podía querer de mí cuando me dijo que tenía algo que venderme. Quería saber de qué se trataba, pero no llegué a tiempo, alguien se me anticipó. ¡Pero no fui yo!

—Esto ya lo sé, querida Gloria, Ya lo sé.

Entonces el dueño de la casa se volvió y dirigiéndose a los policías dijo:

—Ya podéis levantaros, muchachos. La comedia ha terminado.

Los dos agentes se incorporaron.

En la penumbra de la habitación habían permanecido

completamente inmóviles.

Los demás estaban demasiado retirados para poderse fijar si respiraban o no. Y a la vez estaban también demasiado absortos en lo que ocurría para preocuparse por los policías. Ernie Swanson añadió:

—En la cocina está Irving. Decidle también que ya puede salir.

Gloria cerró los puños comprendiendo que acababa de caer en una trampa.

—Bueno, Frank... lo hemos conseguido. Dando un buen rodeo y preparando la cosa hemos llegado donde queríamos...

Frank dio unos pasos hacia Gloria.

Hellen parecía volver en sí tras un largo letargo.

—Os conocíais los dos... Sois amigos. Y yo que pensé que...

—Lo siento, Hellen —musitó Frank—. Ya tendré tiempo de explicártelo todo, pero esto teníamos que llevarlo en secreto...

—Y todos esos... los demás...

—Los Tracy son en realidad una pareja de actores. Muy buenos por cierto, a quienes hoy les ha tocado vivir un ingrato papel. Os felicito. Lo habéis hecho muy bien.

—¿Y Priscilla?

—Priscilla será también una gran actriz. De momento es una gran amiga y hoy me ha sorprendido gratamente con su ductilidad. Por supuesto, nada tiene que ver con la policía... Lo siento, Hellen, a ti no te conocía demasiado. No podía arriesgarme... Y Frank no sabía que ibas a ser tú la enlace de todo esto.

»En cuanto lo supo sugirió decirte la verdad, pero yo insistí en que no... En fin... él te contará el resto.

—Pero ¿todo esto por qué? ¿Qué tenéis que ver vosotros con un crimen cometido hace tiempo en un hotel de Las Vegas?

Fue Frank quien contestó:

—Herbert Falk era mi padrastro, pero lo quería igual que si hubiese sido mi verdadero padre. Cuidó de mí desde que era un niño y con él siempre tuve lo mejor... Cuando me enteré de lo ocurrido regresé en avión de París. Estuve en el proceso seguido contra Campbell y estaba convencido de que era él... De que era el cómplice de la muchacha que mató a mi padre. El inductor de que ella lo hiciera... Pero salió absuelto.

—¿Y cómo... cómo se os ocurrió montar esto?

—Porque yo seguía creyendo que el culpable era Campbell, pero ya le habían juzgado una vez y no podían procesarle de nuevo por la misma causa. No era posible, pues, hacer intervenir a la policía y entonces pedí a Swanson que me ayudara.

—Somos viejos amigos, Hellen. Y a mi enseguida me gustó la idea... La encontré divertida.

—Entonces esos policías...

—Otros dos actores. Era el último recurso para sacar la verdad.

—¡Cielos! Pero casi todos sabíais que Irving estaba vivo. ¿Cómo iba a confesar nadie que lo había matado?

—Era un proceso de atar cabos. No se nos ocurrió nada mejor. No se podía atacar directamente para no poner en guardia a los sospechosos. Irving era el punto medio para llegar donde nos interesaba, puesto que oficialmente era un chantajista.

—¿Y es un chantajista auténtico?

Frank sonrió.

—No, Hellen. Existió un tal Irving que realmente hacía chantaje, pero murió en un accidente de coche... Ernie te contará el resto.

—Campbell fue sometido a vigilancia a cargo de un detective privado. Así supimos que era víctima de extorsión por un tal Irving. El auténtico. El detective tuvo unas palabras con el chantajista, unas palabras «amistosas» —añadió con sorna— y consiguió saber que Campbell aprovechaba el tiempo, puesto que se dedicaba a cortejar a la hija de un millonario que creía en la buena fe del muchacho.

—¡Canalla! —cortó Gloria que ignoraba aquello.

—Los insultos después —sonrió el cineasta y seguidamente prosiguió—: El buen detective era un hombre que no se conformaba con simples informaciones y se hizo con un interesante librito donde el chantajista guardaba nombres, fechas, etc. Me lo trajo por si podía serme útil... De allí sacamos a Gloria víctima también de extorsión por el asunto de las fotografías... ¡Ah! El detective también nos trajo unas copias... ¡Felicidades, Gloria! Eres muy fotogénica.

—¡Cerdo! —espetó ella al dueño de la casa.

—Bien, sigamos... Frank y yo habíamos conseguido con mucho trabajo la lista de clientes del hotel de Las Vegas que residían allí en la noche de los sucesos. Gloria figuraba inscrita también y esto nos dio que pensar. El colofón llegó cuando el detective descubrió que

los dos iban juntos. Entonces todo quedó listo para la comedia... Y como si el hada fortuna quisiera colaborar... el bueno de Irving —y siempre me refiero al auténtico— murió plácidamente de muerte natural. Infarto de miocardio. Una enfermedad muy corriente...

Tras una pausa, Frank tomó el relevo para continuar:

—Con las fotos obtenidas de Irving, mi amigo Ernie hizo confeccionar una máscara idéntica del rostro del muerto... Máscara destinada a la persona que había de suplantarle. Puesto que nadie conocía su muerte acordamos que su *presencia* en esta casa contribuiría a crear el ambiente que necesitábamos destinado a asustar a nuestros sospechosos. Y esto es todo. Bueno... reconozco que en algo me equivoqué.

Y tras una pausa añadió:

—Sí. Porque yo seguía pensando en Alan Campbell como presunto culpable... Pero no importa, puesto que ahora ya sé la verdad.

—¡No os servirá de nada! —exclamó Gloria—. Negaré todo esto... Habéis montado una comedia en vano.

—Hay muchos testigos, Gloria —adujo el dueño de la casa.

—Eso no importa. ¡Lo negaré!

—¡Te condenarán! No podrás evitarlo. Saldrá a relucir que tu padre no te manda dinero... Luego está la agenda del verdadero Irving que seguimos guardando nosotros. Te preguntarán de dónde sacabas el dinero... No, Gloria. Los asesinos acaban pagando siempre —repuso Frank.

En aquel instante hicieron su aparición los falsos agentes. Llegaban con Irving, que en presencia de todos se quitó la máscara, destrozándola prácticamente porque estaba adherida a su rostro. Era un maquillaje perfecto y con la disposición de las luces de la casa, que estaban dispuestas a modo de acogedora penumbra, el disfraz le quedaba perfecto e imposible de apreciar, incluso aun sabiendo que aquel rostro era sólo una máscara.

Por fin, cuando el falso criado quedó libre de aquel maquillaje, ofrecía un aspecto completamente distinto.

Su rostro, que antes parecía alargado, ahora apareció más bien oval, con mejillas salientes casi colgantes, nariz mucho más achatada y cejas muy pobladas.

Swanson presentó a Hellen.

—Éste es nuestro detective. Ha actuado hasta las últimas secuencias. Será otro de los testigos...

Gloria había retrocedido unos pasos. Sin que nadie pudiera impedirlo cogió su bolso y de él extrajo una diminuta pistola. ¡La misma que un año antes Rita Malone había utilizado para matar al padrastro de Frank!

—¡Cuidado! —gritó Dan Tracy.

Era demasiado tarde, porque Gloria había disparado ya...

CAPÍTULO XI

La pequeña pero mortífera bala, se incrustó en el pecho de Alan Campbell, que quedó unos instantes inmóvil.

—No... Gloria. No... —Puso balbucir, pero al fin, falto de fuerzas por la vida que se le estaba escapando del cuerpo, fue doblándose hasta caer de bruces.

Estaba muerto.

Gloria había vuelto a disparar y Ernie Swanson apenas tuvo tiempo de echarse a un lado, aunque su acción le salvó la vida, porque la bala le hubiese alcanzado de lleno mientras que ahora sólo le causó un rasguño en el brazo.

Gloria, con movimientos ágiles y felinos, saltó hacia Hellen y escudándose en ella conminó a los otros.

—¡Quietos! No den un solo paso... No se muevan. Ella puede ser la próxima en caer. Y esta vez las balas son auténticas.

Retrocedieron todos.

Habían cometido la imprudencia de creerla ya cogida y de pronto Gloria había reaccionado de forma casi salvaje, dispuesta a matar para defender su vida.

Y ahora retrocedía hacia la puerta de las dependencias. Más allá había la salida lateral.

Todos la seguían con la mirada mientras ella atenazaba con el brazo libre el cuello de Hellen.

—Todos creían que era un hombre... Menosprecian a las mujeres. Somos el sexo débil... Bien... Soy más fuerte de lo que creen, podría romperle el cuello a ella. Del mismo modo que puedo trepar por una ventana... No me cogerán... Ni lo intenten... Si cuando estoy fuera me siguen no conseguirán otra cosa que firmar la sentencia de muerte contra esta...

—Quietos —susurró Frank a la expectativa.

—Todo había salido bien —murmuró Dan Tracy.

—Apartaos... ¡No me sigáis! —insistió la asesina.

Y de pronto desvió un momento el revólver para apuntar y disparar contra el falso Irving ya en su auténtica personalidad de detective privado.

El hombre, que no esperaba el ataque, recibió el balazo de lleno. Lanzó un estertor y cayó de lado.

—Oficialmente ya había muerto. ¿No es así? Pues muerto tiene que estar. No es más que un bastardo entrometido.

Y Gloria alcanzó el corredor. De allí obligó a Hellen a acelerar el paso hasta la puerta.

Salieron corriendo, pero la asesina no dejaba de encañonar a su rehén.

Cruzaron por entre un sendero entre parterres hasta alcanzar el jardín trasero donde estaban los coches.

Tomó el de Alan Campbell.

—¡Sube! —ordenó.

Hellen, asustada, no tenía opción.

En la casa, Ernie comentó:

—No podrán pasar. Los chicos han puesto unas vallas —se refería a los que interpretaron el papel de policías.

—¿Unas vallas? —inquirió Frank.

—Por si se producía un intento de huir...

—Esto puede ser peor —repuso el escritor.

Dan acababa de examinar el cuerpo del detective.

—¡Está muerto! Y esta sangre no es un truco de cine... ¡Está muerto!

—Está bien, Dan. Esto no lo habíamos previsto.

Y Gloria estaba ya al volante del coche. Dio el encendido y arrancó bruscamente.

El automóvil saltó hacia adelante a gran velocidad.

Los de la casa salían corriendo.

Frank fue el primero de alcanzar su propio automóvil. Detrás seguía Ernie Swanson.

—Ten cuidado... Dijo que no la siguiéramos —dijo el dueño de la casa.

—Estará demasiado ocupada en conducir. Y no quiero que a Hellen pueda ocurrirle nada. Además, la matará de todos modos.

El auto de las mujeres iba lanzado, y delante, cerca del sendero

que salía de la casa, estaban las vallas puestas por los últimos en intervenir en la comida.

—No podremos pasar —gritó Hellen.

Gloria pisó con rabia el acelerador.

El coche, a más de ciento sesenta kilómetros, iba directo a la barrera.

El choque se produjo astillando la madera.

El auto enfiló el comienzo de la carretera en cuesta abajo.

Frank ya había puesto en movimiento el suyo. Swanson, a su lado, al ver la velocidad del coche perseguido exclamó:

—Van a salir de la carretera. Caerán por el precipicio.

Frank aceleró.

El auto pasó raudo junto a los restos de la valla y el pie del conductor dio más gas para alcanzar los ciento cincuenta kilómetros que pasaron inmediatamente a ciento sesenta y seguía pisando.

El vehículo de Gloria seguía llevando alguna ventaja y también su cuentavelocidades oscilaba entre los ciento sesenta y los ciento setenta.

Pero era necesario aflojar ante la aparición de las continuas y pronunciadas curvas.

Las ruedas chirriaban cada vez que era necesario pisar los frenos para no irse de cabeza al precipicio.

—¡Esta mujer está loca! —exclamó Frank, atento a la carretera, y con los reflejos en tensión.

Gloria no cedía y apenas salía de la curva volvía a dar gas.

Hellen estaba a su lado con un sobresalto continuo.

Los precipicios se sucedían. Las ruedas del vehículo patinaban ante aquella endiablada velocidad.

En las curvas costaba trabajo enderezar el coche y la amenaza de precipitarse al vacío se sucedía constantemente.

Frank, sin aminorar la marcha, era mejor conductor, pero resultaba difícil dar alcance al que llevaba la delantera.

Swanson recordó:

—En la parte baja hay medio kilómetro de recta. Allí tal vez tengamos mayores posibilidades.

—Ya he pensado en ello, por eso no puedo perder el contacto con el auto de Gloria.

Las curvas continuaban por lo que el peligro de un mortal

accidente subsistía por ambos bandos.

Y en la casa, entretanto, Dan Tracy había llamado a la policía.

La respuesta fue:

—Pasamos la llamada a la patrulla de carretera. Sí, hemos tomado nota. No se preocupe.

Y el encargado del locutorio transmitía la orden.

—Atención al coche primero, converjan en el cruce de la carretera general con la secundaria del Pico. Peligrosa asesina lleva a una mujer joven como rehén. Atención, coches segundo y tercero, vayan a reforzar el cruce. Tomen precauciones. Repito.

Y la carrera proseguía ya en los últimos kilómetros antes de llegar a la recta donde resultaría más probable darles alcance.

Gloria seguía pisando el acelerador sin darse tregua.

Por fin el auto dobló la última curva. Detrás seguía Frank, que aceleró intentando colocarse al lado de Gloria.

La pugna duró algunos segundos, hasta que los potentes faros alumbraron uno de los inconfundibles coches de la patrulla de carreteras.

—¡Malditos! Han llamado a la policía... Lo del teléfono cortado era otra patraña. Seguramente lo habían desenchufado tan sólo... Pero no se saldrán con la suya.

Viró bruscamente cerrando el paso a Frank que tuvo que frenar, mientras Gloria se salía de la carretera para dar la vuelta sobre el descampado y volver a enfilar hacia arriba.

—¡Regresa! —exclamó Frank.

—Ha visto a los coches de la policía —repuso Ernie comprendiendo.

Ahora la carrera continuó cuesta arriba con idéntica sucesión de peligros y una leve ventaja por parte de Gloria que había obligado a Frank a perder terreno al realizar la brusca maniobra.

La marcha volvió a tomar caracteres de carrera dramática.

Hellen dejó su actitud pasiva y pensó que peligro por peligro valía la pena intentar algo y trató de pisar el pedal del freno.

Gloria perdió velocidad al intentar quitar el pie de Hellen.

Forcejearon las dos mujeres y por fin la asesina atenazó el revólver para apuntar a su rehén.

Hellen consiguió agarrarle el brazo y la lucha continuó.

Los faros del coche de Frank iluminaron la escena.

—¡Están luchando! Se van a estrellar.

El peligro aumentaba para el vehículo de Gloria toda vez que sólo podía conducir con una sola mano.

Al fin, la asesina consiguió tener por un momento la mano libre y golpeó con la pequeña arma la cabeza de su forzada compañera.

Hellen perdió las fuerzas y ladeó la cabeza. Había perdido el sentido.

Gloria volvió a pisar a fondo, siempre seguida de cerca por Frank.

Durante varios minutos continuó el codo a codo hasta llegar a un camino vecinal.

Gloria torció inesperadamente por allí.

El camino estaba a la salida de una curva y Frank no advirtió la maniobra de la mujer y pasó de largo.

Dos curvas más arriba se dio cuenta.

—No puede habernos cogido tanta ventaja.

Los faros del auto de Gloria iluminaron un sector de la pendiente.

—¡Ha tomado el viejo camino del hotel! —exclamó Swanson.

—¿Hay algún atajo? —preguntó Frank.

—Habría que volver atrás. Por la carretera se da un rodeo. Pero es más seguro.

—¡Al diablo la seguridad! Tengo que alcanzarla mientras Hellen esté con vida.

Tuvo que hacer una maniobra para volver atrás, pero lo consiguió con su pericia y tomó a pisar a fondo.

Pero Gloria había cobrado una notable ventaja. Y seguía, seguía hacia lo alto arrancando del coche todas sus energías por la empinada cuesta con muy pocos restos de la antigua pavimentación que lo convertían poco más que en un camino vecinal.

CAPÍTULO XII

Cuando llegaron a la puerta del viejo hotel, que ahora tenía el aspecto de un caserón abandonado, Hellen apenas si se había recuperado. Su cabeza seguía atontada por el golpe recibido.

Gloria saltó del auto frente a los siete escalones que daban acceso a la puerta principal.

No había otra salida. La carretera terminaba allí o era necesario volverse abajo.

Dio la vuelta al coche y abrió la otra portezuela para tirar del brazo a Hellen.

—¡Vamos! Contigo... No se atreverán a hacerme nada mientras sepan que eres mi rehén...

Hellen apenas se daba cuenta de nada.

A trancas y barrancas subió la escalinata que Gloria le obligaba a ascender.

Llegaron a lo alto.

La puerta estaba cerrada, pero sin cerrojo alguno.

Era una doble hoja con cristales desde la mitad hacia arriba. Ya no quedaba uno solo entero, pero no podía verse el interior del caserón porque se hallaba completamente oscuro.

La luna, oculta por unas nubes, tampoco alumbraba como en las primeras horas de la noche.

—¡Vamos! ¡Dentro! —exclamó Gloria.

Empujó una de las hojas de la puerta que chirrió al abrirse.

Pasaron al interior.

Los hilos que las arañas habían tejido en el transcurso de los años cosquillearon el rostro de las mujeres, pero siguieron adelante. Gloria seguía tirando de Hellen.

El auto de Frank se detuvo fuera.

—¡Han entrado!

—Sí... Y tratará de obligarnos a marchar mientras tenga a

Hellen en su poder. ¡Pero no debían haber entrado! ¡Esto es peligroso!

—No creerás en leyendas, ¿verdad? —inquirió Frank.

—No son leyendas. El peligro existe.

Frank, sin hacer más comentarios, saltó del coche y enfiló la escalinata.

Swanson siguió detrás con una linterna.

Poco después alumbraban lo que en tiempos había sido amplio y confortable *hall*.

Ahora los muebles estaban comidos por la carcoma. Gusanos y ratas habían perforado el tapizado. Las baldosas habían desaparecido para dejar paso a una densa capa de polvo.

Y las telarañas colgaban de todas partes formando una tupida red.

—¡Hellen! —gritó Frank.

Ella respondió con un grito:

—¡Aquí, Frank!

—¡Han subido arriba! —exclamó el escritor.

Tomó la escalera y subió de cuatro en cuatro los peldaños. Swanson iba detrás alumbrando el camino.

En algún lugar sonó un silbido.

Swanson lanzó un grito y soltó la linterna, que se hizo añicos. Acababa de recibir un balazo en la mano.

Seguidamente la voz de Gloria previno:

—¡He dicho que no me sigan si quieren que Hellen siga viva!

—Es inútil —murmuró el cineasta—. La estamos poniendo en peligro.

—La matará de todos modos... Hay que intentar acercarse sin que se dé cuenta. ¿Cómo estás?

—Puedo seguir.

—No. Es mejor que vaya solo. Tengo que procurar no hacer ruido.

Y Frank continuó subiendo peldaño a peldaño, pisando con cuidado para no delatar su presencia.

Sin linterna y en plena oscuridad, trató de adaptarse a ella y prosiguió el ascenso.

Hasta la respiración contenía.

Al llegar al primer piso se encontró con un largo corredor con

habitaciones a los dos lados.

Tenía que mirarlas una por una... Era demasiado porque ya había comprobado que las puertas, con los goznes resecos, gruñían y aquello delataría su presencia.

Pensó unos instantes hasta que un ruido procedente del piso superior le indicó la presencia de alguien y desistió de registrar las habitaciones del primer piso.

Fue todo lo deprisa que pudo siempre procurando ahogar sus propias pisadas.

Y llegó al segundo piso.

Silencio. Oscuridad.

Un gruñido procedente de la parte alta volvió a darle la pista y ascendió el último tramo.

Aquello, sin duda, había pertenecido a las habitaciones del servicio. El suelo era de madera que gruñía si no se tenía cuidado al pisarla.

Avanzó por el corredor y enseguida observó que tras un par de metros de recorrido había otros dos corredores.

Una puerta se cerró bruscamente como si hubiese sido empujada por el viento.

Frank se revolvió tratando de orientarse.

Avanzó. Lo poco que podía ver era gracias a la escasa luz que se filtraba por las ventanas exteriores de los corredores. La débil claridad de la lima sólo permitía adivinar más que ver el lugar donde estaban las puertas.

Llegó hasta la segunda. Era la que había gruñido. Se pegó a ella y escuchó.

Creyó oír un fatigado jadear y luego una voz queda, muy queda que susurraba.

—Si nos descubren te mataré...

¡Era Gloria! Estaba detrás de aquella puerta; pero ¿cómo entrar sin poner en peligro la vida de Hellen?

Optó por meterse en la habitación contigua y de allí alcanzar la ventana.

Lo hizo y salió a la parte exterior.

Desde lo alto podía dominar la carretera que veía perfectamente porque las luces de los coches de la policía la surcaban.

Él siguió por la comisa hasta alcanzar la ventana siguiente. Se

pegó a la pared y trató de adivinar el punto donde se encontraban las mujeres.

No pudo saberlo porque ambas estaban en silencio. Se asomó.

Creyó ver las sombras.

¡Gloria también la había visto!

Hellen gritó:

—¡Cuidado, Frank!

Gloria disparó y Frank sintió el roce de la bala en el pómulo.

Se lanzó hacia adentro sin medir el peligro.

Gloria tampoco pudo disparar porque había agotado las balas de aquella pequeña pistola semejante a un juguete.

El empuje de Frank había arrojado a Gloria al suelo, pero con ademanes felinos la mujer reaccionó y pudo separarse de su atacante.

Al irse hacia atrás una tabla crujió. Se produjo un sonido sordo y enseguida el grito de ella.

—¡Aaah!

Parte del piso se había hundido y Gloria caía a la oscuridad.

Su grito se prolongó inexplicablemente porque lo lógico hubiese sido que su cuerpo chocara al llegar a la planta inferior.

Pero tardó aún bastante en oírse el choque y el fin del grito. Cual si hubiese caído en una sima profunda.

¿Cuál era el misterio?

La policía había llegado provista de potentes linternas, amén de los focos del coche y otros adicionales que iluminaban el viejo hotel.

Las luces indicaron los peligros que habían corrido todos en aquel piso, lleno de maderas quebradizas y de agujeros.

Se descubrió que aquella ala del caserón y concretamente aquellas dependencias, daban a la parte más alta del terreno por el lado lateral. Debajo estaba uno de los salones cuyo piso llevaba muchos años hundido, luego se abría una profunda sima hasta el sótano...

Las potentes linternas iluminaron la escena.

En aquel sótano, muy profundo, había existido una sala de juego, posiblemente instalada allí para eludir cualquier registro policial en la época que era más perseguido.

Y allí, sobre una ruleta medio rota por el peso que acababa de

recibir, se hallaba ella, Gloria. Ensangrentada, muerta.
El juego había terminado.

EPÍLOGO

Frank y Hellen regresaban a la casa después de la odisea. Les seguía Ernest Swanson y los policías de la patrulla.

Ahora habría que explicarlo todo. Testigos no faltaban.

La justicia para la asesina había llegado por los caminos más intrincados, pero había pagado.

—De saber que había sido Gloria no habríamos realizado esa comedia... Pero ¿cómo iba a suponer que una mujer...? —Y tras una pausa añadió—: El vicio la había perdido, el juego, la bebida... Una lástima para ella y también para sus víctimas...

Luego, al mirar a Hellen, murmuró:

—Lo siento. Siento de veras no haberte dicho la verdad...

—Bueno... Te has arriesgado mucho por mí... Y esto demuestra que... significa algo para ti.

Él sonrió.

—Sí, Hellen, más de lo que creía. Por eso te dije hace un rato que... lamentaba no haberte encontrado en otras circunstancias.

—Representaste muy bien tu papel —comentó ella.

—Me limité a seguir la corriente a Ernie. Había que preparar el ambiente para que Campbell no sospechara. Bueno, puede que Ernie recargara las tintas, pero esto lo preparó todo él. Ahora, por fortuna, todo ha concluido.

Y siguieron hacia la casa. El alba se llevaba las últimas sombras de la noche.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

